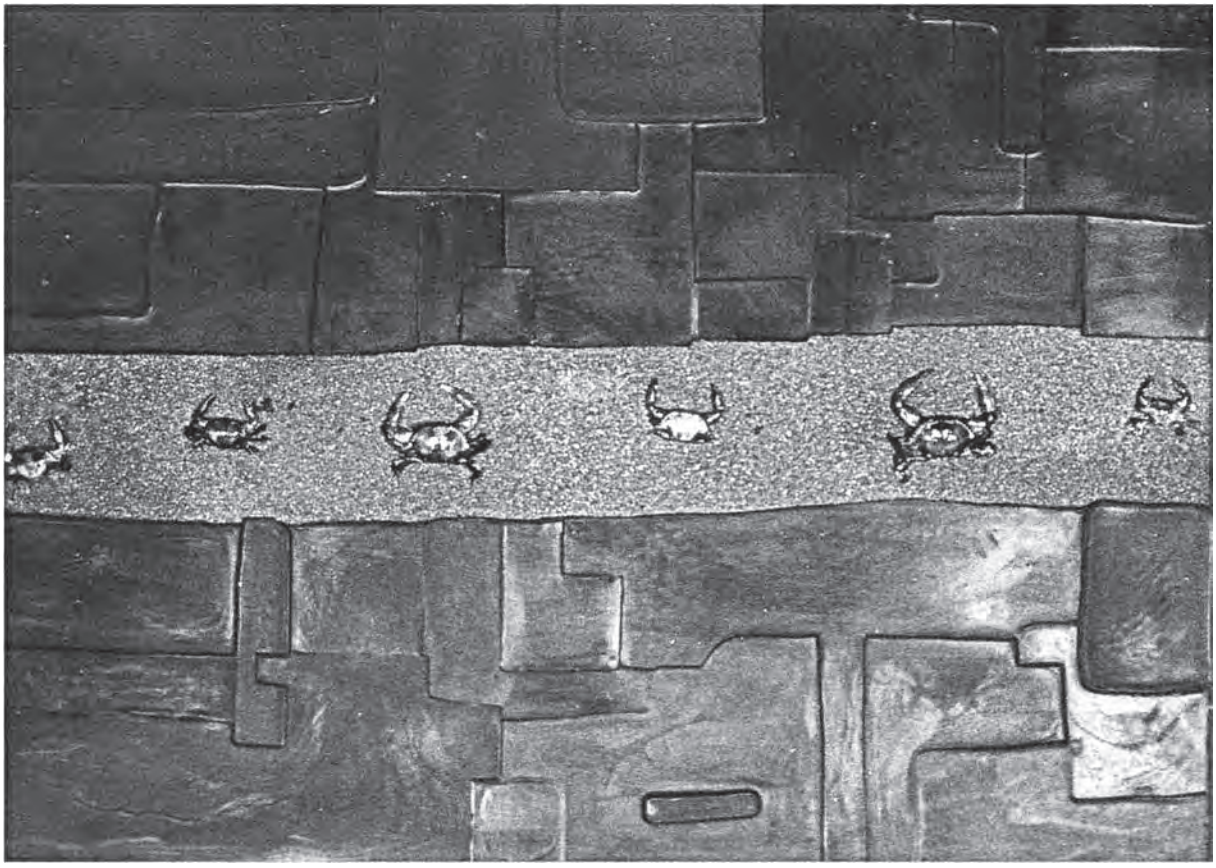
LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Ilustración de este número

Sol Natividad Núñez (Acapulco, 1980). Estudió Artes Visuales en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Autónoma de Querétaro. Entre sus proyectos más recientes están: Arte en el espacio público "Zona de niños-niñas" orientado a niños que viven en la zona de cantinas, drogas, prostitución; "Creación y recreación" en el Centro de Ejecución de Medidas para Adolescentes en Chilpancingo, taller para la realización del mural *Intervención de la primera batalla naval en Acapulco*. Fue becaria del Programa de Estímulos a la Creación y Desarrollo Artístico de Guerrero 2009 en la categoría de jóvenes creadores con la instalación *Tlapa en una maleta*. Ha expuesto de manera individual y colectiva en el Distrito Federal, Querétaro, Chilpancingo y Acapulco. Es docente en la Universidad Español.

Imagen de portada



Sol Natividad Núñez, *Volver*, mixta/madera, 80 × 120 cm, 2003

Editorial 7

Del árbol genealógico
Poemas / Ángel Carlos Sánchez 8
Poemas / Jeremías Marquines 12

Diez poetas de Guerrero
Diez poetas de Guerrero: 1970-1983 / Antonio Salinas 18

Jesús Bartolo 26
Citlali Guerrero 31
Julián Herbert 36
Brenda Ríos 40
Federico Vite 46
Erik Escobedo 50
Carlos F. Ortiz 55
Ulber Sánchez 60
Emiliano Aréstegui 66
Abraham Truxillo 71

El reseñario
La locura de Almayer / Rodrigo Martínez 77

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
Rector

María Teresa Uriarte Castañeda
Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura

Número 173, mayo-junio 2012
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Mariana Hernández
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Imagen de portada: Sol Natividad Núñez
Ilustración de este número: Sol Natividad Núñez
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
2a. cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen
Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

Punto de partida presenta esta vez una muestra de la poesía del estado de Guerrero preparada por el poeta Antonio Salinas. La selección incluye el trabajo de diez autores nacidos en un lapso de trece años. El mayor, Jesús Bartolo, en 1970; el menor, Abraham Truxillo, en 1983. Trece años que abarcan a un grupo de voces representativas de la poesía actual del estado. Sorprende encontrar acá nombres como el de Julián Herbert, que es incluso miembro del Sistema Nacional de Creadores, junto a otros de carrera literaria incipiente, hecho justificado en atención a que Herbert es un referente obligado en la producción literaria de la generación.

El número abre, en el Árbol Genealógico, con poemas de dos autores que podrían considerarse los padres de esta generación, dos escritores herederos de tradiciones distintas pero cuya presencia ha permeado en mayor o menor medida el trabajo de los antologados: Ángel Carlos Sánchez —"Mi poesía ha sido casi metafísica, rayando en las matemáticas y los agujeros negros de las galaxias"— y Jeremías Marquines, quien, a decir de Salinas, "transita con pulso de orfebre por el verso de largo aliento […] con depurado tono metafórico, afortunado en símbolos y en imágenes". Quiero destacar que Marquines es incluido por segunda vez en esta revista como padrino de una generación, ya que lo estuvo antes en la muestra de poesía de Tabasco —estado del que es oriundo aunque reside hace más de una década en Acapulco— preparada por Álvaro Solís.

En su presentación, Salinas ubica a estos diez poetas como ejecutores de la ruptura con la tradición poética imperante en el estado hasta la década de los noventa, una tradición conservadora que se mantiene en contrapunto al trabajo de los poetas seleccionados aquí. La mayoría cuenta ya con carreras reconocidas dentro y fuera de su estado y Salinas los ubica como antecedente de la nueva camada poética guerrerense, de cuyos miembros da también cuenta en su texto, y cuya obra bien valdría la pena reseñar en otra entrega.

En cuanto a la parte gráfica, contamos con reproducciones en blanco y negro del trabajo plástico de la artista visual acapulqueña Sol Natividad Núñez, a quien agradecemos su participación. Completa el número la crítica de Rodrigo Martínez a la película *La locura de Almayer*, de la cineasta belga Chantal Akerman.

Para cerrar este comentario, unos versos de Ángel Carlos Sánchez que son, a mi entender, aliento de esta selección: "Lo importante es que el poema / tendrá en algunos lados agujeros suficientes, / no para admitir por ellos /el flujo de la luz o la belleza / sino para que permita ver /cómo hasta la palabra más reseca / es capaz de mostrarnos el mundo. Ⓟ

Carmina Estrada

Poemas

Ángel Carlos Sánchez

Duda III

¿Quiénes ven la espuma de su propia sangre cuando el fuego está robándoles el miedo? El tiempo está doblándose y la herida que nos causa la esperanza tiene luz en cada grieta; el espacio es un susurro merodeando la impiedad de lo que es libre todavía. Con todo, la suciedad de una caricia sólo se rompe si los ojos no vigilan hacia adentro. Toma lo que te mata y hazlo dios de barro para urgencias: es la mejor redención de lo inventado por quien huye, mas no permitas que la magia cotidiana se despedace en lo que dejes destruido.

Tus brazos y tu odio son exactos, pero la vida está incompleta sin el dolor que nos hace recordarla. ¿Dónde podemos enterrar lo doloroso sin necesidad de olvidarnos todo el cuerpo? Los días dan la vuelta y se van hacia otra época cuando te ven afilar la oscuridad con las manos remojadas en tu sangre.

¿Mataremos hoy con estas manos que sólo pretenden la caricia?

De *El fin del silencio*

Desde el primer golpe hasta el último alarido,
desde la forma frágil de un ojo ensangrentado,
desde la piel rasgada por la primera flecha
hasta la gota negra a punto de secarse
en la última caverna donde habita la tribu,
en la primera emboscada, en el encuentro
de dos voces calientes a punto de su filo.
En el trigal primero donde ardió la codicia,
en el campo quemado que defendió algún clan,
en la calma angustiosa que precedió a la furia,
en la piedra lanzada por el primer atacante,
en la herida final del defensor postrero,
en Caldea y Fenicia, Egipto y Babilonia,
la luz tocó la sombra e hizo
una fisura roja en las miradas, puso
en el temor del hombre la memoria de un día
cuando hubo entre sus manos otras manos sin odio
y pensó defenderlas más que todo lo hecho
contra la sombra fija de un fotón en la noche,
contra el frío de las armas enemigas o propias
y contra la caída de ese día en lo oscuro.

De *Luz ultraviolenta*

24

En esta tierra hay alacranes,
hambre, desiertos, injusticias,
paramilitares, ejército,
cuerpos policíacos
que quieren darnos miedo,
que tratan de obligarnos
a creernos felices.
Y tenemos políticos
que son la voz del pueblo
para hacer agua tóxica
de todo lo que hablan.
Y arriba,
quienes deciden colores y espejismos
para suplir con ellos el paisaje,
no se interesan mucho por nosotros:
nos ponen en sus listas
de capital pasivo.
La globalización nos va reuniendo
en el fondo de los días.
Sé que tu mundo
está rodeado
por iguales abismos.
No nado hacia tu isla como un náufrago:
busco tu mano entre la niebla
para descubrir
qué podemos hacer juntos.

De *Migraciones*

Ángel Carlos Sánchez (Acapulco, 1967). Poeta, narrador y pintor. Entre sus poemarios están *Muriendo de amor por esa perra* (Antinomia, 1999), *Huecos necesarios* (FETA, 2000), *Luz ultraviolenta* (ultraviolentaluz.blogspot.mx, 2001), *Caminar el miedo* (Casa Vieja, 2001), *El paisaje humano* (La Trucha Güevona, 2006) y *Sueños de bajo presupuesto* (La Trucha y la Tarántula, 2010). En narrativa ha publicado *Hidrofilia* (Antinomia, 1997), *Emboscada* (Casa Vieja, 2001) y *101 (Siento uno)* (Ábrara, 2005). Textos suyos han sido traducidos al francés y al inglés. Ha sido corrector de estilo, editor y coordinador de talleres de poesía. Como artista plástico ha realizado algunas exposiciones individuales y ha participado en varias colectivas.

Adormecidas palabras sueñan despertar

1
Éste es un poema de bajo presupuesto
o quizá es un sueño que ha pasado de moda
aunque tiene sus misterios igualmente:
advertimos que a falta de metáforas
le hemos puesto vidrios de colores,
un espejo algo viejo, deslucido,
una nube muy blanca
y un pequeño cacto casi seco.
A falta de un buen ritmo
repetimos una y otra y otra vez
la palabra silencio
y a cada rato usamos el qué,
muchos artículos, la "i" griega.
El libro del que forma parte
no llegará a tener la cantidad
de cuartillas que exigen en los premios.
Por otro lado, importa poco:
quién sabe cuáles
sean realmente los criterios
para asignarle esos dineros a uno sólo.
Igualmente es poca la poesía
para gastarla así,
por algunas monedas de plata.
Ya se dan cuenta
que recurrimos sin temor hasta a la prosa.
Lo importante es que el poema
tendrá en algunos lados agujeros suficientes,
no para admitir por ellos
el flujo de la luz o la belleza
sino para que permita ver
cómo hasta la palabra más reseca
es capaz de mostrarnos el mundo.

De *Sueños de bajo presupuesto*

Poemas

Jeremías Marquines

Las formas de ser gris adentro

(fragmento)

> Ya mucho se dijo de la tristeza, que el amor es una espesa humedad de madera en la estación lluviosa, la *oscura membrana* en el ojo de los ahogados incitando al naufragio. Un olor de insectos que extrañamente revelan nuestros huesos donde pululan en secreto animales prohibidos.

Pasan los trenes, pero queda el mundo que sueña sus frutas de invierno; su horizonte arqueado como un camaleón dormido en la osamenta de la niebla; sus propios reflejos limitados por el vértigo de las palmeras, sus alimañas inscritas en los muros del poniente donde se pudren intactos los perros que duermen en la virginidad renovada de mujeres maduras.

Cuando pasan los trenes sólo queda un como animal hambriento en los pechos vacíos, el silencio acuático de la tarde que desentierra sus pájaros irreales como un niño enfermo, una mano que arde en perfecta calma en el litoral de un bosque demolido por criaturas que van desfigurando lo que te hace vivir.

Cuando pasan los trenes, lo empiezas a saber.

De *Las formas de ser gris adentro*

Dónde tiene el hoyo la Pantera Rosa

VI
Llámame Pantera Rosa, te digo,
mostrando mi carnet de identidad.

Voy de resurrección a otra
pidiendo una cerveza.

Una tarde
vomité a las puertas de lo taciturno.
Venía en un barco de cristal con los
ojos cerrados afilando mi cuchillo.

En mi frente escribo: "nunca más
volveré a nadar con sirenas".

Hago reverencias estúpidas a
las palabras y anoto druida.

Dispersión, turbiedad, qué rayos.

Necesito un auto veloz como
el presentimiento.

Es sábado, es Acapulco, te digo.
Nada malo nos puede pasar.

De *Dónde tiene el hoyo la Pantera Rosa*

De más antes miraba los todos muertos
(fragmento)

13 El habitáculo es el recinto donde el cuerpo del difunto espera entre flores y algunos objetos personales. A la muchacha, sus vestidos de fiesta y un diminuto pájaro Qüity le han sido colocados a sus pies, pies dicen, para que nunca la visiten los ocho demonios que turban el sueño. Otros dicen, para que no se destrabe la mandíbula que ata el viento velamen, gorjeo de palmeras.

Nadie teme a la muerte,
sino a morir en uno de esos días en que la claridad estaba en todas partes,
y el sonido de las cosas y los grandes pájaros y el agua cubre de
oríferas escamas lo que toca.

—Nadie teme a morir, sino al olvido:
ojo almenado de pájaro y cisterna.

—Nadie teme a la muerte, sino a lo amado:

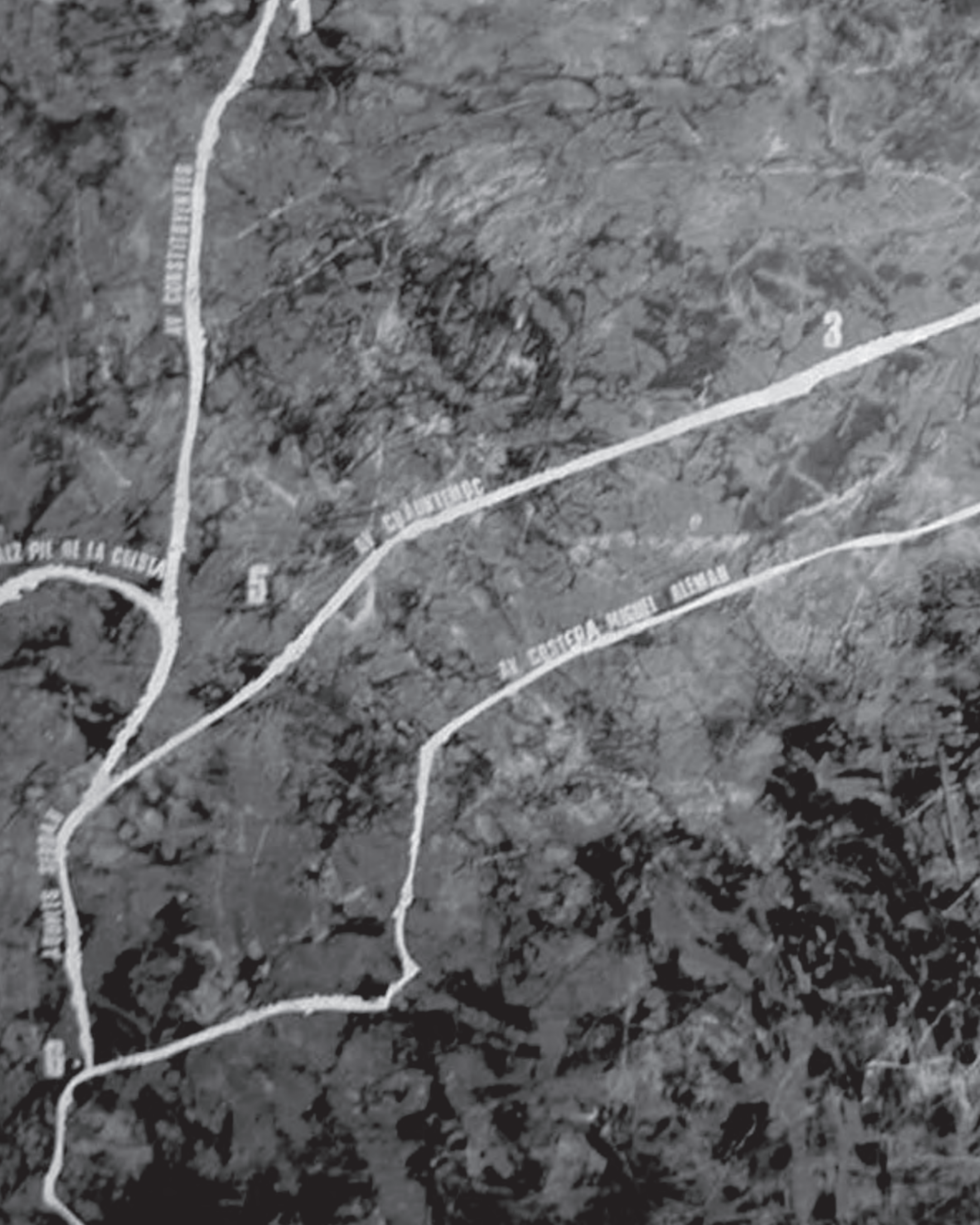
"Descubre tu presencia
y mátame tu vista y hermosura,
mira que la dolencia
de amor que no se cura
sino con la presencia y la figura."

Sácame entonces de esta la *estrechez adolescente de mis huesos* que
me amatan,
del este insomne sueño aprisionado en el ojo iracundo del espejo:

Si mi corazón se va de mí,
¿cómo viviré en esta larga ausencia? Dice.

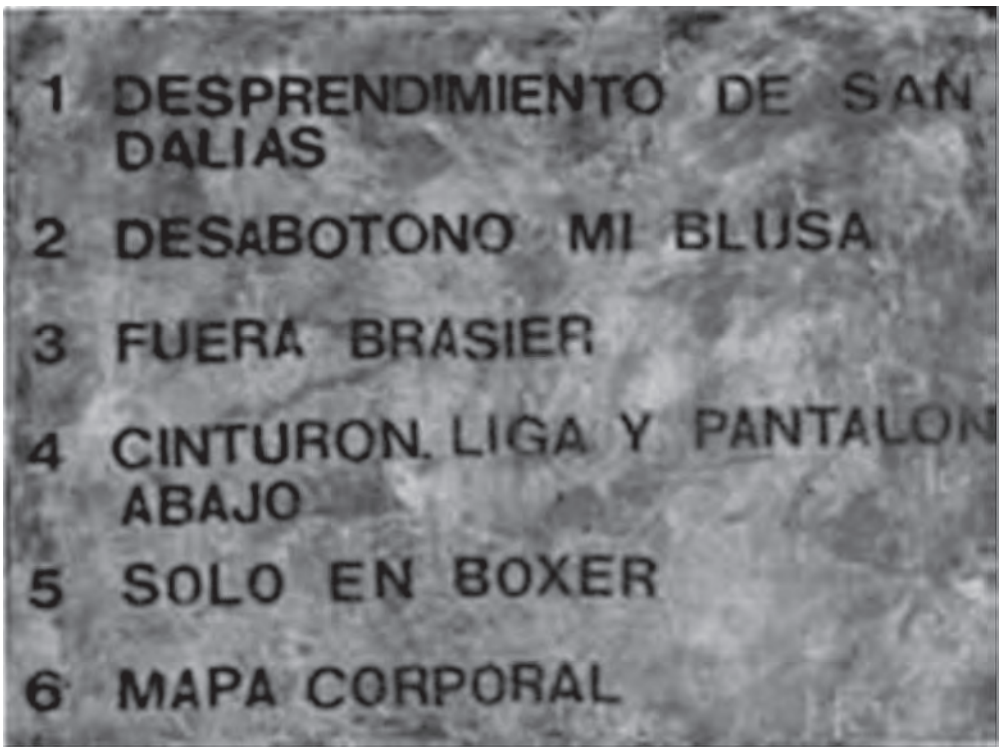
De *De más antes miraba los todos muertos*

Jeremías Marquines (Villahermosa, 1968). Poeta y periodista. Radica en Acapulco. Forma parte del Sistema Nacional de Creadores de Arte del Conaculta. Obtuvo el premio nacional de poesía Efraín Huerta en 1996, el premio internacional de poesía Jaime Sabines en 1998, el premio nacional de poesía Clemencia Isaura en 2003, el premio nacional de poesía Valle del Yaqui 2003 y el premio nacional de poesía Aguascalientes en 2012. Ha publicado *El ojo es una alcándara de luz en los espejos* (FETA, 1996), *Las formas de ser gris adentro* (Praxis-Gobierno de Tabasco, 2001), *Varias especies de animales extraños cubiertos de piel jugando en una cueva con un pico mientras Richard Dadd observa desde un calabozo de Bethlem* (Instituto Estatal de Cultura de Tabasco, 2008), *Dónde tiene el hoyo la Pantera Rosa* (Letras de Pasto Verde, 2009) y *Acapulco Golden* (Era, 2012).


1
3
5
6
AV CUAUHTEMOC
AV COSTERA MIGUEL ALEMAN
PIE DE LA CUESTA

Diez poetas de Guerrero
1970-1983

Mapa corporal, díptico, mixta/madera, 120 × 90 cm (páneles de 90 × 90 cm, 30 × 40 cm), 2006



Diez poetas de Guerrero: 1970-1983

Antonio Salinas

Recuerdo cuando me integré en 1998 al taller literario Alebrije, uno de los pocos espacios culturales que había en Acapulco, y el único que logró mantener una continuidad y sostener durante dieciocho años el encuentro estatal de escritores "El sur existe a pesar de todo", en el que la mayoría de los poetas locales participó al menos una vez. El encuentro no siempre tuvo ese nombre y con el paso de los años se convirtió en el único foro literario que reunía —con muchas limitaciones económicas— a los aficionados a la literatura y a los que ya gozaban de cierto reconocimiento en el oficio de las letras. Gracias a este taller conocí a la mayoría de los escritores incluidos en esta muestra, a quienes he tenido el placer de leer. Por cierto, quien me invitó a integrarme al taller fue el poeta atoyaquense Jesús Bartolo. En este lugar donde nos reuníamos —entre el aroma del papel y las alfombras desgastadas— leí el libro *El nombre de esta casa* (1999) de Julián Herbert, tomé un taller con Jeremías Marquines y asistí a la presentación del poemario *Luz ultraviolenta* (2001), de Ángel Carlos Sánchez, con quien después charlaría en múltiples ocasiones en el café Astoria.

Supongo que quienes vivíamos en Guerrero en aquellos años y escribíamos poesía, y tuvimos la oportunidad de conocer a Jeremías y a Ángel Carlos, fuimos muy afortunados, pues de lo contrario quizá seguiríamos encasillados en lo que pensábamos que era la poesía: esa que rescata la tradición costumbrista y regional, la que enarbola fervorosamente nuestro folclor —máxime si podía declamarse o acompañarse con la "lira" en los recitales—. Creo que con la llegada de Jeremías Marquines al estado y con las frecuentes visitas literarias de Ángel Carlos, la poesía guerrerense tomó otro giro, un rumbo con muchas y diversas expectativas. Poetas distintos tanto en carácter como en el trato personal: Marquines transita con pulso de orfebre por el verso de largo aliento, su obra poética muestra un depurado tono metafórico, afortunado en símbolos y en imágenes, heredero de la tradición poética tabasqueña, origen y centro de tres poetas indispensables en la literatura de nuestro país: Carlos Pellicer, José Gorostiza y José Carlos Becerra. Por su parte, la poesía de Ángel Carlos está en constante batalla consigo misma, ya que procede como artesano humilde en su modo de mostrarnos la belleza y la crueldad de la vida. Él mismo confirma lo anterior en una entrevista: "Mi poesía ha sido casi metafísica, rayando en las matemáticas y los agujeros negros de las galaxias." Heredero de la estirpe de dos poetas fundamentales —Juan Bañuelos y Óscar Oliva—, Ángel Carlos es un poeta ajeno a los clichés que dan la fama, el reconocimiento, las becas y los premios.

En términos generales, la poesía guerrerense proviene de una tradición conservadora, cargada de un folclor artesanal que elogia la figura del imitador y raya en los más llanos pensamientos de lo risible. No es de sorprender que la escasa poesía registrada en Guerrero hasta mediados del siglo pasado haya sido escrita por médicos y profesores rurales. Según entiendo, ambas figuras tenían un "peso" ideológico en la sociedad y aprovechaban "literariamente" el papel que jugaban en relación con sus respectivos oficios, además de la influencia directa que recibían de músicos tradicionales, y se dieron a la tarea de escribir una "poesía" más producto de la espontaneidad que del conocimiento profundo de la

tradición literaria, cuestión obligada en cualquier generación.

Fue hasta la década de los noventa del siglo pasado cuando surgió la necesidad de forjar una identidad propia —que requirió de manera urgente de la invención de una literatura—, cuando la nueva camada de escritores guerrerenses tenía ya entre veinte y treinta años de edad.

A partir de este periodo, se esbozaron en Guerrero dos grupos contrapuestos: uno formado por quienes apostaban por un regionalismo a ultranza, decidido a rescatar los valores y costumbres auténticamente locales; el otro, por quienes pensaban que la literatura sólo prosperaría si se integraba a las corrientes de la literatura mexicana. Iván Ángel Chávez escribió en el ensayo *Apuntes sobre la literatura de Guerrero*: "mientras nuestros escritores locales buscaban refugio en las antiguas fórmulas de la lírica y la narrativa, en el país y el mundo desde los años veinte y treinta ya se escribía de otro modo". En este periodo, para ser radical o laureado en el estado había que ser político, guerrillero, músico o poeta.

En su ensayo *Las edades de la poesía*, Jeremías Marquines, radicado desde hace más de una década en Acapulco, apunta:

> Entre los cantores de la tierra y la generación de jóvenes escritores nacidos en los sesenta hay un pequeño grupo intermedio: es el de los *poetas que cantan*, los nacidos entre 1940 y 1950. Se les denomina así porque tienden a realizar un ejercicio lírico monumental y sonoro. En este grupo se ubican Victoria Enríquez, Juan Sánchez Andraca, Agripino Avelar, José Gómez Sandoval […]. Heterogeneidad y dispersión definen a esta promoción de escritores. Su obra es tan dispar

Configuración, díptico, mixta/madera, 60 × 30 cm (cada panel, 30 × 30 cm), 2001

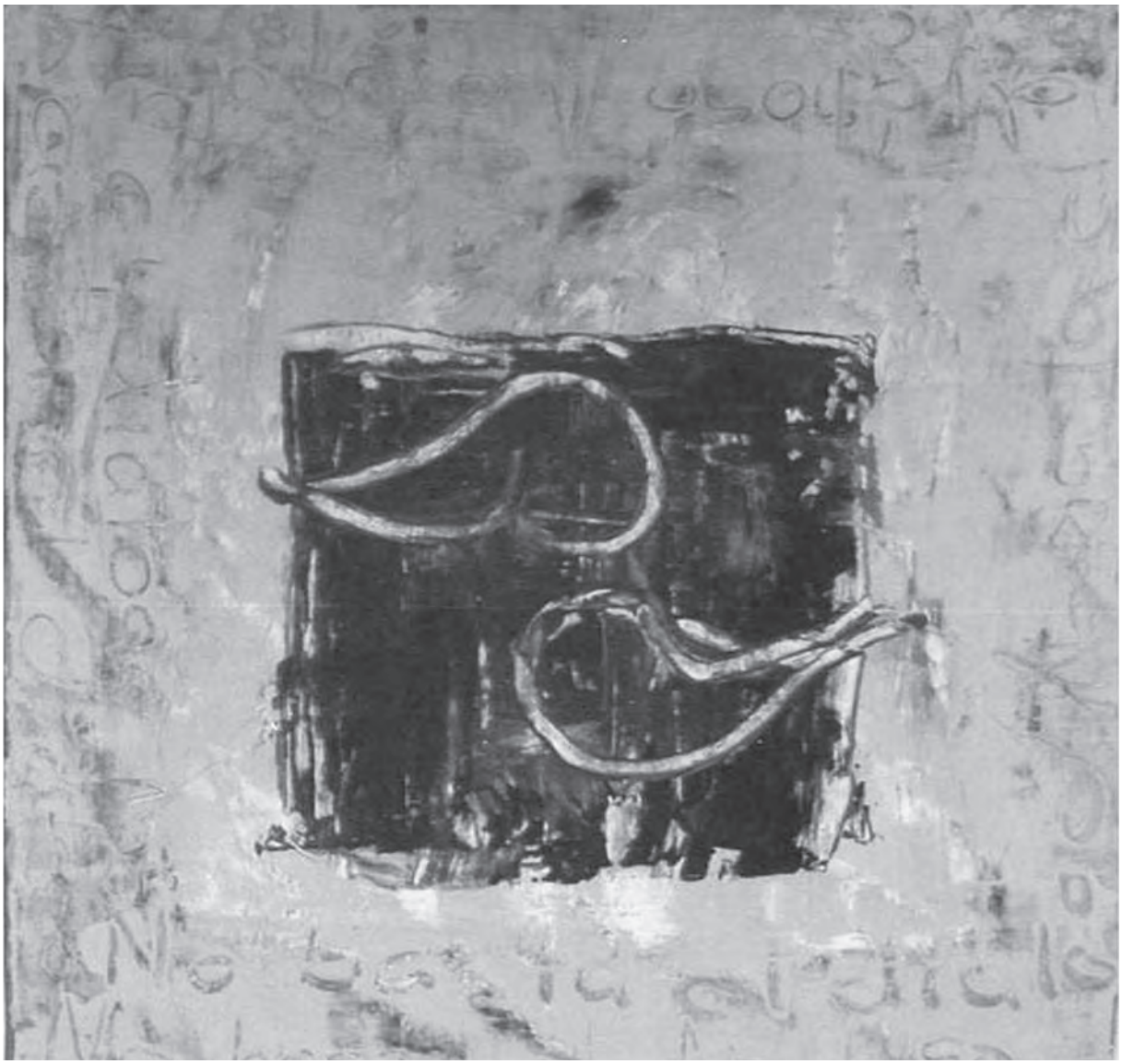
como la agreste geografía de Guerrero. Cada uno es una isla. En su escritura casi no hay puntos en común, pues mientras unos optan por la llamada literatura militante, inserta en la estética socialista, otros practican una literatura más preciosista e intimista. En todo caso, lo que tendrían en común es que casi todos tratan de parecerse a sus modelos literarios, de allí que ninguno de estos escritores haya logrado constituir una obra original, su producción es más testimonial que estética. Es, en rigor, una generación fantasmal.

Hace algunos años la poesía mexicana estaba centralizada; para ganar un premio, una beca nacional o simplemente ser aceptado por nuestros coetáneos, era necesario trasladarse al centro del país. Era ahí donde la poesía encontraba mejores condiciones para el desarrollo, y no me refiero al desarrollo creativo, sino a las oportunidades. Para los jóvenes que vivíamos en provincia, el fin de la década de los ochenta y la de los noventa significaron la caída de ciertos mitos literarios, entre éstos, superar la idea de que las editoriales con presencia nacional, las instituciones y los premios no apostaban por los escritores radicados en provincia. Durante esos años hubo una oleada de estudiantes y artistas que buscaron a toda costa moverse de la periferia de México hacia la Ciudad de los Palacios, donde supuestamente vivía la musa.

En esa época, una de las grandes interrogantes para los creadores era emigrar o esperar en el estado. De los poetas reunidos en este ejemplar, más de la mitad decidió buscar oportunidades literarias fuera de la entidad, aunque la mayoría guarda una estrecha relación con el terruño y lo visitan con frecuencia. Los que han optado por quedarse en Guerrero saben que tienen que rascarle muy duro al lápiz, pues las becas y los premios no son suficientes y fuera de ello no existen otras oportunidades. Afortunadamente contamos con una Facultad de Filosofía y Letras en la ciudad de Chilpancingo; sin embargo, no sé si está generando investigadores, académicos o lectores competentes. Porque la exigencia real sería que promoviera la obra no sólo de los grandes de la literatura sino también de los jóvenes escritores. Actualmente, ni la Universidad Autónoma de Guerrero ni el Instituto Guerrerense de la Cultura cuentan con una revista especializada en literatura que abra espacios y fomente la obra de los guerrerenses.

El trabajo de compilar esta muestra de poesía de Guerrero —que incluye escritores nacidos entre 1970 y 1983— ha sido sencillo y complejo. Sencillo: porque a diferencia de otros estados que cuentan con referentes literarios que de una u otra manera sirven de balanza o inspiración, en Guerrero no hay una historia poética en la cual uno pueda regodearse, ya que la poesía es relativamente joven, reciente, algo así como la típica novata de la vida galante que aprendió a trabajar en la calle sin necesidad de padrote. Complejo: porque hay escasos apuntes y textos críticos que aborden el tema. Tampoco quiero decir aquí que la poesía en Guerrero haya "nacido" en 1970. Lo que busco es dar cuenta de los contrastes y particularidades de dos generaciones entre las que hay casi quince años de diferencia.

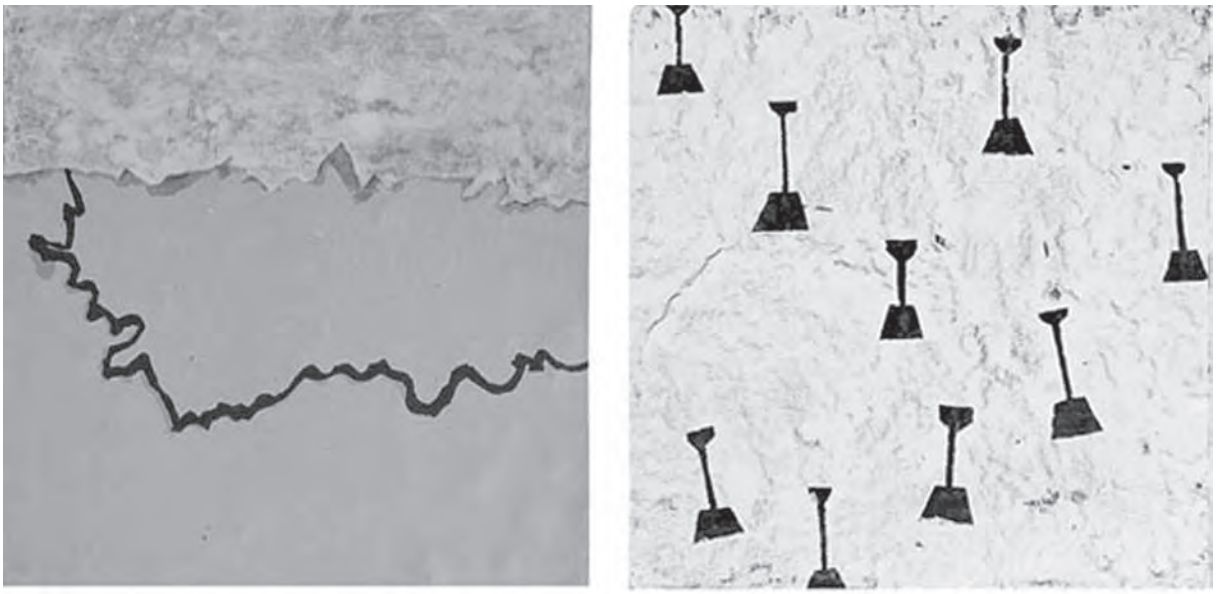
Curiosamente, de los diez escritores que participan en esta muestra, seis radican fuera del estado: Jesús Bartolo, en el Estado de México; Julián Herbert, en Coahuila; Federico Vite, en Puebla; Brenda Ríos, Abraham Truxillo y Emiliano Aréstegui, en el Distrito Federal. Los restantes



No basta el diálogo, mixta/madera, 30 × 30 cm, 2002

están avecindados en la entidad: Erik Escobedo, Carlos Ortiz y Ulber Sánchez, en Chilpancingo; Citlali Guerrero, en Acapulco. La mayoría se conoce entre sí —al menos de nombre— y quizá haya convivido en alguna actividad literaria en el estado, salvo Emiliano Aréstegui, al que tal vez ninguno de los enlistados conoce. Entre algunos de los demás existe una añeja amistad.

Los lectores encontrarán aquí una mariscada de versos que sin duda van a disfrutar. Es innegable que estamos frente a uno de los momentos más importantes de la historia de la poesía guerrerense. La muestra está conformada por voces fincadas en estilos definidos y distintos, que hablan desde sus circunstancias individuales.



Tendedero (detalle), mixta/tela/madera, 90 × 90 cm (páneles de 45 × 45 cm cada uno), 2011

Esta selección es parecida a un cuerpo en el que se buscó reunir todas las partes posibles más allá del gusto personal. Aquí aparecen los poetas que, de acuerdo con mi juicio lector, tienen que incluirse, y no porque lo haya decidido sin criterio alguno, sino a través de la investigación, la lectura, la indagación en diversas fuentes y los criterios de otros escritores. La razón principal es la solidez y el reconocimiento de su obra poética. Como dato adicional, todos los poetas han tenido formación universitaria, y algunos cuentan con premios y becas estatales o nacionales que se suman a los criterios por los que participan en esta muestra. Además, la mayoría cuenta con un largo camino literario recorrido, cuatro de ellos no sólo en poesía, sino también en narrativa o ensayo.

Mención aparte merece Julián Herbert, quien actualmente pertenece al Sistema Nacional de Creadores, y que si bien está incluido en la selección, funge además como uno de los referentes más cercanos y fundamentales de la literatura guerrerense actual. Es pertinente comentar la obra de Jesús Bartolo y de Citlali Guerrero, porque de una u otra manera fueron quienes abrieron estéticamente esta brecha y fueron los primeros en romper social e ideológicamente con una historia que parecía condenarnos al olvido provinciano. Por su parte, Brenda Ríos ha sabido combinar el oficio escritural con la academia; actualmente es profesora de la licenciatura en Desarrollo y Gestión Interculturales de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y cuenta con un doctorado en Letras Mexicanas en la misma institución. Federico Vite armoniza su escritura entre la narrativa y la poesía; al leer su obra es posible descubrir que se siente familiarizado tanto en uno como en otro género. Carlos Ortiz, Ulber Sánchez y Erik Escobedo son poetas natos, saben —parafraseando a Paul Valéry— que tanto en la poesía como en la vida la intención no es lo que cuenta, sino que requiere de cierta común-unión, y para eso hay que estar dispuestos a casarnos con la palabra. Los más jóvenes de esta selección son Emiliano Aréstegui y Abraham Truxillo, quienes nacieron en la década de los ochenta, lo que les permite ser el canal y los protagonistas de la nueva poesía guerrerense.

Según Ortega y Gasset, la diferencia de edad entre los integrantes de una generación no debe ser mayor a quince años. En contraste con años anteriores, en los que no fue posible tender puentes entre las generaciones

de poetas guerrerenses, creo que la situación ha cambiado, o soy muy optimista. Estoy seguro de que se está gestando una pléyade de jóvenes poetas más relajada, que ya no se siente marginada; estos poetas son como agua de río que busca el cauce. Voces que prometen, que se han reconocido entre la pluralidad y las afinidades literarias de la poesía que se escribe actualmente en el país. Tienen un ojo puesto en lo que sucede en la poesía de su estado y el otro en la poesía fuera de sus terrenos. Me refiero a los poetas nacidos entre 1985 y 1989: Adriana Ventura (1985), Yelitza Ruiz (1986), Jorge Manzanilla (1986), Geovani de la Rosa (1986), Sol Casdiz (1987), Zel Cabrera (1988), Roxana Cortés (1988), Ari J. García (1988), Lupita Olivar (1989), entre otros. La mayoría ha publicado una *plaquette*, ha obtenido una beca o ha merecido un premio. A diferencia de los escritores que les antecedieron —y me refiero a los más mediáticos, aquellos quienes crecimos con la idea de que tendría que darse una profunda "ruptura" estética y generacional—, a estos nuevos poetas estas razones ya no les vienen en cuenta. No les importan poetas como Manuel S. Leyva Martínez, Isaac Palacios Martínez, Catalina Pastrana, Rubén Mora, Rafael Romero, Juan García Jiménez, Celedonio Serrano Martínez, Salustio Carrasco Núñez, quienes forman parte de la tradición local. Y no es que los menosprecien, sino que ya no entran en sus cabales, pues vislumbran nuevas posibilidades para la literatura guerrerense. Son poetas que intentan hallarse en lo nuevo y por eso experimentan, lo que nos lleva a pensar que sí comienzan a esbozarse los puentes literarios y vitales que no se tendieron en otras generaciones.

En ese contexto cito a dos poetas guerrerenses que no sólo nos permitirán situarnos y entender el propósito de esta selección, sino también por qué el tiempo transcurrido entre sus obras muestra una nueva marca generacional: Jesús Bartolo, con *Las regresiones del mar* (1998), y Ulber Sánchez, con *Como música de Malher moran las tristuras de la infancia* (2012). Catorce años marcan la diferencia entre una publicación y otra, catorce años en la continua historia de las publicaciones —escasas— de poetas guerrerenses. Sin duda, esta poesía va por buen camino. En este sentido, cada una de las propuestas líricas aquí contempladas ha rebasado los patrones poéticos predominantes en repetidas generaciones que apostaron en su estética por una tradición local que actualmente ha sido por demás superada.

Me parece acertado cerrar este texto con una cita de Hölderlin, que representa el tránsito y la visión actual de la poesía guerrerense:

> La poesía no es un adorno que acompaña la existencia humana, ni sólo una pasajera exaltación ni un acaloramiento y diversión. La poesía es el fundamento que soporta la historia, y por ello no es tampoco una manifestación de la cultura, y menos aún la mera "expresión" del "alma de la cultura". ❶

Antonio Salinas Bautista (Acapulco, 1977). Su obra ha sido incluida en las antologías *Acapulco en su tinta* (2004), *Vértigo de los aires* (AEM, 2009), *40 barcos de guerra* (edición independiente, 2009) y *Jóvenes poetas mexicanos* (Groenlandia, 2010). Es autor del libro *Serial* (FETA, 2011) y del poemario *Saudade* (Ediciones Tarántula Dormida, 2010). Obtuvo el Premio Estatal de Poesía María Luisa Ocampo 2008. Ha sido becario del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico de Guerrero (PECDAG), cuento 2006 y poesía 2008, y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes 2010-2011. Es coordinador del Encuentro Nacional de Jóvenes Escritores en Acapulco.

Jesús Bartolo

Atoyac de Álvarez, 1970

Rodahedro

(fragmentos)

EL HOMBRE gravita porque su corazón es un rodahedro.
¿Pero qué es un rodahedro?:
El golpe y la bisagra.
La bisagra chirria al golpe,
El golpe abre,
Abre el rodahedro,
Éste, armónico empuja la sangre.
Pulsa y pausa la electricidad del cuerpo.
Acciona el ritmo con la vicisitud del ojo,
La cadencia activa porque la nariz ancora.
En el olor moreno de morena hembra.
El olor moreno de la hembra
Amorena con sus garzas el ambiente.
Aceituna con su fino aroma
        El espectáculo del hombre,
En su pecho el rodahedro gira,
Golpea la bisagra, abre el temporal.

pp. 24-25: *Melbourne*, díptico, mixta/madera, 110 × 190 cm (páneles de 110 × 110 cm y 40 × 80 cm), 2005

Jesús Bartolo. Autor de los poemarios *El responso del gato* (Ayuntamiento de Toluca/CTE, 2001), *No es el viento el que disfrazado viene* (CTE/IMC/Ayuntamiento de Acapulco, 2004), *Estar de vuelta* (IMC, 2005) y *Diente de león* (Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, 2009), entre otros. Obtuvo el Premio Estatal de Poesía María Luisa Ocampo 2004 y el tercer lugar en poesía en el Certamen Internacional de Literatura Letras del Bicentenario Sor Juana Inés de la Cruz 2009. Fue becario del Programa de Estímulos a la Creación y Desarrollo Artístico de Guerrero en 2006 y 2008. Edita la revista de Educación Física y Literatura *El Giroscopio*.

SUERTE DE tempestades: el hombre
—No ave—
Apenumbrado va,
De luz a la intercepción de su ceguera.
Su lazarillo destino lo guía,
Por golpe y azar,
Por voluntad y qué más queda.
Va en su herida hondamente
        Punzándose, oliéndose,
Olvidando que una vez, fue muchas partes.

MUCHAS PARTES son un rompecabezas,
Un lado obvio de la vida.
Un lado que pertenece al conjunto
        Y atañe al hombre,
Que le incumbe de sobremanera
        En la sangre y en el abandono;
Que le es pérgola el alma:
Raíz, agua destetada, conmiseración.

Muchas partes son un acertijo.
El hombre: el crucigrama:
La primera gota que comienza el diluvio.

DILUVIA el hombre.
Y se va de su alma y de sus huesos.
Aguacero se sabe
Y de la mujer que ama y de lo que posee, se aleja.
A aluvión permanece
Porque es intermitente e instintivo.
Chubasco se va
Y también lluvia prodiga.

PRÓDIGO en su cuerpo y en su tierra,
Mas no profeta de su alma y su polvo.
El hombre se hace al hábito de ser hombre.
Se acostumbra a las costumbres del día.
Amanece porque tiene arraigado amanecer.
Se enjambra porque panal es la vida.
Pretende la miel a costa de su costado.
Duerme y respira de su costilla,
Se duele de su vértebra, y de su abrazo
Aunque no envuelva, aprieta para saberse
Un sólito animal, una punzada al aire.

Al aire los pensamientos del hombre
Abren la distancia de la vigilia y el buen provecho.
Sobre la tarde los vapores;
Las ollas sobre la mesa
Esparcen la delicia de su contenido.
El hombre se contiene en su albedrío,
Hace de su cuerpo un nido
Y de sus pulmones un ave.
Aspira, y los bichos del alma se inquietan,
Exhala, y gorjeos remontan nítidos el aire.
A cada respirada el hombre se encumbra
Por la cumbre plana de las horas;
Degusta, hipa, saborea,
Huele sus motivos en la conserva,
En el agua fresca sus emociones;
En el eructo complaciente
El placer y la utopía de la vida.

La utopía le sostiene y le fuerza,
Aunque en vilo vaya sin quimera
Por el día consumiendo el polvo,
Esparciendo su ceniza, el hombre,
Duende de sí mismo, lleva al hombro
Su rodahedro para mostrarlo.

Muestra sólo lo necesario,
Esconde entre las costillas las supuraciones,
Y aunque lleve el rodahedro en las manos
Palpitando como un motor a diesel,
Esa parte de su ser lo impulsa
A buscar el hueso que le complete,
Le espese la sangre, le malogre el pensamiento;
Y cuando digo malograr, estoy diciendo:
Lumbrarada, protones en fusión,
Intersección de los pensamientos
El paso de una hembra:
Su olor disyuntivo,
Pródigo sofoca el ambiente,
Le abre las ganas al viento,
Le mete quejumbre a las horas,
Calambre a la mirada.

La mirada se destuerce de su calambre,
Se abigarra, el párpado palpita.
En un hecho insondable los ojos se emocionan.
A granel cambian las texturas,
Los colores embarnecen,
Lo sólito del tiempo siente su rodahedro,
Lo deja desbocarse, para luego,
Cariñosamente darle unas palmaditas
En la espalda de su latido.
El hombre suspira, sabe entonces
Que algo, como un mar, se le mueve dentro.

Citlali Guerrero

Copala, 1971

Poemas de historias miserables

I

Taciturno toro herido ve pasar la calma
Tomo un café en el Astoria, sosiego,
apacible termino mi taza
en el instante en que es violentado un cuerpo
Miro las hojas de los árboles,
Atrapadas en la red marina, hojas secas, amarillas
verde la mañana que me asombra
mientras a lo lejos es violentado un cuerpo

Me quedo quieto en la apacible gente
Humboldt estuvo en su frondosa sombra
Aquí yergue aún la sangre del toro de Caleta
Apuro el café amargo de las frías sillas
En el instante en que se ha violentado un cuerpo

Descalzo, ambigua la mitad del agua
el puro incienso de mirar tardío
no haré nada por el violentado cuerpo
la tarde me espera a repetir miserablemente las noticias matutinas:
¡se ha violentado un cuerpo!
Seguiré mi paso y estaré feliz de terminar por fin el poema.

II

Vagabunda regresó la noche
La risa de Dios en la huida del otoño
El mar se ha ido y no salieron los gigantes
a jugar mi mano de sirena dispersa
En qué momento, pregunta Federico Vite
Se perdió la calma en Acapulco
Tuvo que ser un instante soleado
Con partículas de arenas diminutas
Multiplicando la densidad del miedo
Viajera, recuerda el azúcar en el café
Arrepentida recuerda las palomas en los árboles
He aquí los cuerpos que en futuro serán los muertos
El cubo de azúcar cae dulcemente en el café hirviendo.

Variedades, grabado, 30 × 50 cm, 2000

Citlali Guerrero. Estudió Sociología de la Comunicación y Educación en la Universidad Autónoma de Guerrero y el diplomado para escritores en la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM). Ha publicado los poemarios *Llorando el naufragio* (UAEM/Tinta de Alcatraz, 2001), *Los pantanos son algo verde como el deseo* (Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 2003), *Mutaciones Nosotros* (Universidad Autónoma de Guerrero, 2008), *Todas las horas alumbran* (Praxis/IGC/Conaculta, 2010) y la *plaquette La vida es crónica* (La Tarántula Dormida). Obtuvo el Premio Estatal de Poesía María Luisa Ocampo 2001 y el Premio Estatal de Poesía Ignacio Manuel Altamirano 2008. Ha sido becaria del Programa de Estímulos a la Creación y Desarrollo Artístico de Guerrero en 2004 y 2010.

Poemas intramarinos

En el agua termina quedo el murmullo de la gente
Vemos silenciosa saltar la tarde
En nuestras manos se acumulan nuestros años
Tenemos el sonido equivocado
Inútilmente las palabras se resbalan de su molde
Trato de que me entienda una muchacha de quince años
Le digo tarde sobre sol
Horizonte azul/ azul los ojos de la tarde
Retengo una queja grande de su adorada imagen
Ziiien, me dice por respuesta final
No, le digo, trato que veas la tarde
¿La tarde?
dice, ok. chida la tarde, cool, la tarde
Es un cuarto sencillo, cool es un cuarto sencillo, Me hago entender,
Nadie mira cielo y anochece estrella
Así de sencillo
Todo es cool.

Las águilas están algo sombrías

En la muerte las águilas están algo sombrías
Lo imagino porque la tarde me da gaviotas
Protegida sigo la casa del pescador
Ayer soñé conocer a una muchacha de quince años
Me decía palabras que desconozco
Multiplicaba las tres X del acento común
Caníbales de tiempo cero
La tarde no puede presumir el velo de sus ojos
Son ciegos de mar e inodoros de pez vela
¿Escucharán el rumor de las olas del cielo?
No es necesaria tanta belleza
De lejos veo venir a la muchacha
Finge demencia, ignora la pregunta que le hice ayer
¡Hey tú! Dónde dejaste la tarde,
sonríe y se da una nalgada
Salta,
Salta, más aprisa, ¡salta!
Me dice que se unió al club de los que no creen que el mundo se pierda en 2012
como prueba, me muestra una lata de atún con fecha de caducidad 2014.

Cool, extravío marino

A dónde iremos
Seremos pececitos grises enfermos
La tarde me dice que la chica de quince años se acerca
Es surcadora de redes sociales, de estrellas, sensible a las cosas que no cambian de lugar
Ella me recuerda y con insolencia me dice que le aburre mi cursilería
Yo sólo digo la tarde
Y ella ya se ha ido a fornicar, se siente completa, una mujer completa
No pierde el tiempo en mirar el mar desde un balcón rojo derruido
Está en las alturas,
En la estrella luminosa de la ciudad nocturna.
¿A quién le apuesta?
Por qué me miras mar si soy caníbal
No mires esta tarde, no terminará noche
Ajenos como los gusanos terminaremos ajenos de sentimientos

Julián Herbert

Acapulco, 1971

Amílcar Barca

Me senté a la orilla del río
a ver pasar los cadáveres de mis enemigos.

Vi pasar una bacía de barbero, dos
barquitos de papel, una chinampa
con el nombre Dido de Tiro, cuatro
cardúmenes de vidrio, las escamas
veladas de una película casera, tinta
goteando en agua negra, el corazón
carbonizado de Penélope con un reca-
dito en alambre de púas:
hoy salgo a las 8

Me senté a la orilla del río
a ver pasar los cadáveres de mis enemigos.

Los cadáveres de mis enemigos
desposaban a mi ex seducían a
mi marido cortejaban a mis hijas me
daban como dote
una caja de whisky de rebaja en un outlet

Me senté a la orilla del río
a ver pasar los cadáveres de mis enemigos.

El río era un óleo sobre tela
y un detector de metales
y el ano blanqueado de Lady Guaguancó
y una flecha montada en once sílabas
y tú saliendo del baño para entrar en una guerra
y las cenizas de mamá en una cajita de falso mármol rosa
y el largo de la lengua fluyendo hasta la asfixia tras el fonema el bulbo la vulva el
clítoris de una intemperie

Me senté a la orilla del río
a ver pasar los cadáveres de mis enemigos.

Ergonómicamente
En flor de loto
Sin albur
Con las patotas sobre el escritorio
Junto a un six
En una butaca del cinema Río 70
En actitud de modesta señorita con las piernas cruzadas

Me senté a la orilla del río
a ver pasar los cadáveres de mis enemigos.

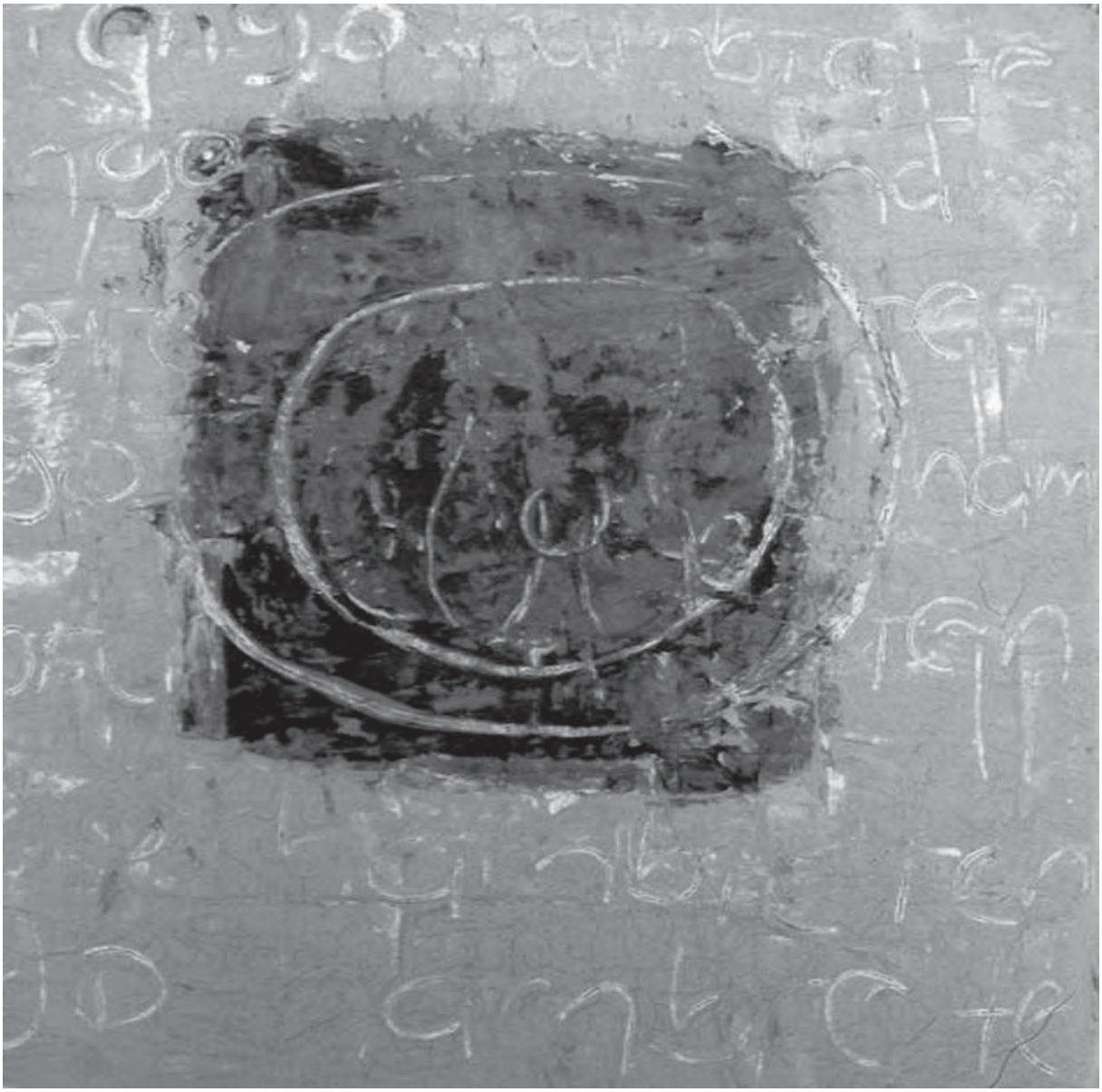
Olor a fibra óptica en el fuego
Retenes de vómito tatuados en el limo
Orfeo bajando a un Hades de esternón con una música segueta circular
La descomposición: sabiduría en nave corsaria
Un autógrafo se borra con un chorrito de cloro

Me senté a la orilla del río
a ver pasar los cadáveres
de mis enemigos. Pero
el río era muy ancho;
pasaron por la otra ribera.

Julián Herbert. Es autor de los poemarios *El nombre de esta casa* (Conaculta, 1999), *La resistencia* (Filodecaballos, 2003), *Kubla khan* (Conaculta/Era, 2005) y *Pastilla camaleón* (Bonobos, 2009); de las novelas *Un mundo infiel* (Joaquín Mortiz, 2004) y *Canción de tumba* (RHM, 2011); del libro de cuentos *Cocaína (manual de usuario)* (UDG/Almuzara, 2006), y del volumen de ensayos *Caníbal. Apuntes sobre poesía mexicana reciente* (Bonobos, 2010). Sus textos se han recogido en diversas compilaciones. Fundó en 2009 el colectivo de arte interdisciplinario Taller de la Caballeriza, con el que publicó a través de www.youtube.com la colección de videopoemas *Depósito salvado (2009-2010)*. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen 2003, la Presea Manuel Acuña 2004, el Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola 2006 y el Premio Nacional de Cuento Agustín Yáñez 2008. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Letter of leather

Vegetariano —rumiante
casi— evoluciona
hacia la carne. Muda
su piel en pieles, su
traje sastre en leather / límbica
intimidad
del cuero negro —flashes
encurtidos. Azote del hambre, azote
de vocal la cremallera de-
lictuosa, azotes
fuera de la zona: el sado-
misticismo de un
bebé
cuando muerde y babea
de su hembra el pezón
hasta hacerlo
sangrar.
Bestia de donde mana la
coherencia. Balbuceo.
Bisel
de labio
dormido deslizándose de especie.



Tengo hambre, mixta/madera, 30 × 30 cm, 2002

Brenda Ríos

Acapulco, 1975

La construcción

Los obreros hacen una casa.
empiezan por un cuadro que demarca
y bastidores de madera.

miden, acomodan los tabiques,
las tablas cortadas mismo ancho y largo

los obreros sin camisa sudan
cada músculo. tienen los brazos tatuados

estómagos fuertes

para dormir a resguardo
para soportar golpes
para comer con ansia

no hacen pausas en el día
van vienen cargando cosas
carretillas de material
van vienen ellos
forzando los brazos las manos

sin mirar a los lados
concentrados en la faena

Brenda Ríos. Fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas 2003-2004 y del programa Jóvenes Creadores del Fonca 2009-2010. Ha publicado ensayos y poemas en las revistas *Guardagujas*, *Metapolítica*, *La cabeza del Moro*, *Este País*, *Luna Zeta*, *Luvina*, *Bien Común* y *Fractal*, así como en la revistas electrónicas *Letralia* y *Replicante*. Pueden leerse ensayos suyos en <cuentoenred.xoc.uam.mx>, revista electrónica de teoría de la ficción breve. Ha publicado el libro *Del amor y otras cosas que se gastan por el uso. Ironía y silencio en la narrativa de Clarice Lispector* (FETA/F,L,M, 2005).

la casa estará en el mar

hacen una casa
no la imaginaron pero la hacen con manos y pies
y bocas que resoplan

sus cuerpos enteros hacen una casa
con horizonte y cocina
terraza
sala de estar
dos habitaciones

ellos son cuatro.
uno por cada pared
que hará salir del piso la casa, una planta salvaje.

El pastel

el pastel es cremoso
verde
hecho a base de té

el tenedor se hunde sin ninguna violencia
como si entrara al mar

tan entregado que espanta
sin mirar atrás
sin pensar de otro modo

sabe a jardín lejano
o árbol que comienza

sabe a pasto
sabe a verde
entre los dientes

sabe a todo lo que recordamos es verde
la noche es verde
o agua de piscina
escurriendo de la boca

recién llegamos al mundo
pancartas de *bienvenidos* en la entrada
los brazos extendidos
nosotros, los hijos de alguien,
y la casa es aquí
donde no habíamos estado

a

Adentro,

sin ver nada más
está el ojo que cierra su inglesa marquesita
no hay carruajes de cortinas de seda
el ojo descansa olvidando estremecerse de miedo y de hambre.

Detrás de cinco cerrojos ha tirado la llave por la puerta de la noche:
se evade en pensamiento, en forma.
El ojo es una tumba. Se cierra en el desconcierto intermitente de una muerte a medias, una muerte viva, una muerte que gotea su perfume sobre la mejilla ardiente.

El erizo duerme con todos sus ojos encogidos, y se aburre en el sueño libre de espinas, tan abierto que parece una planicie, un desierto oscuro, un océano.

Adentro, el otro ojo respira y se expande.
No enloquece.
Explora.

Anuncia.

Declara que no tiene palabras en el estrado.
Se mete bajo la cama y disimula.
Estos arrebatos son domésticos. Carentes de intelecto: arrebatos sin armonía elevada.

b

Sumida en esta humedad pregunto:
¿dónde se han ido todos?
¿A qué compuerta fueron a dar las histéricas gaviotas?

o

los pasos
de
los amantes que saltan la mañana
—antes del desayuno para nadie—.

húmedamente palidezco
nadie puede acostumbrarse a esta soledad a ciegas

o

los navíos acaban de atracar la plaza cívica
llegamos al extremo: sin mar en la ciudad abordamos

lloramos todos tanta humedad absurda, por las paredes de los edificios lloramos,
es una humedad quieta, fortalecida
en su goteo enverdecido como una montaña que nace y se encabrita
de golpe

o

los pájaros chillan y después de mucho la gente —la masa compacta que hace gente a la gente— halla sublime los chillidos del alba,
y habitamos

o

extrañamos
empobrecidos

las láminas del pan de antes de todo, la harina blanca, el aceite, la sal, el horno esperando la materia.

Llegan hasta acá los estremecimientos de agua

cae la luna deslavada pero el pleno sol no puede con tanta celosía de agua por todas partes

es un augurio

de qué

no sabemos

empobrecidos

este día este día revienta

Franjas blancas, mixta/tela/madera, 122 × 122 cm, 2008

Federico Vite

Acapulco, 1975

Spleen de Acapulco

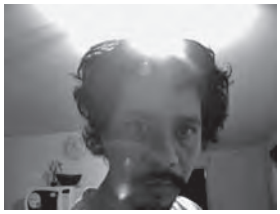
I
Huelo el miedo en La Garita, ese habitáculo de flores y autobuses coronado por los salmos de la iglesia. Antes del paréntesis de acero, los gritos anunciaron que la efigie negra del terror asomaba el rostro por la ventanilla rectangular de la Suburban. Atento a lo rojo del camino, alguien puso sobre el asfalto la burbuja metálica de la explosión. Fragmentar la tarde pudorosa de enero es el tatuaje de la inocencia perdida del puerto. Pero en la búsqueda persistente de las municiones, el de azul fulminó con la mirada el oblicuo escape de los que cabalgaban en motores. Llovía casquillos sobre la presencia musical de los transeúntes. La florista ecuánime de la banqueta desordenó sus laureles y la puntería errada puso a bailar en un pie al de los cuernos en la mano. Las llamas consumieron la manada dispersa sobre Farallón. El cielo plomizo cubrió de oscuro el pulso del puerto.

II
Hay tanto silencio que oigo cómo se fragmenta el viento
al tocar los casquillos de las balas.

Tengo en las manos una concha en la que largamente
y con azoro
el deseo de un mar nocturno desenrolla por fin la espesura fresca que habita en la calma.

¿Tocaré alguna vez este oleaje nuevo,
este cuerpo de agua que siento
pero no descubro entre las fisuras de la pared devastada por las balas?

Federico Vite. Ha publicado las novelas *Fisuras en el continente literario* (FETA, 2006) y *Apportez-moi Octavio Paz* (Moisson Rouge, 2011); los libros de cuentos *Entonces las bestias* (Instituto de Cultura de Aguascalientes, 2003) y *De oscuro latir* (Universidad de Guanajuato, 2008); en poesía, su obra ha sido recogida en *Un orbe más ancho. 40 poetas jóvenes (1971-1983)* (ediciones de punto de partida, 2005), *La luz que va dando nombre* (Secretaría de Cultura de Puebla, 2007), *Antología de poesía contemporánea* (Cangrejo Ediciones Colombia, 2011) y *Grabados a punta seca* (La Tarántula Dormida, 2011).



III

También hay días luminosos.
Los escotes y las faldas se llenan de carne en la Costera;
pasean las ganas de vivir sin miedo las mujeres,
quitan sargas del humor y sacuden anécdotas avejentadas
de conquistas amorosas en la bahía.

Los aretes grandes fungen de campanas;
las morenas despiertan legiones seductoras de varones que ansían palpar
curvas rotundas de alta poesía.

Pero el simulacro de carnaval es limitado.
Ellas se alejan con el compás de la armonía rumbo a la iglesia
y al levantar la mirada llena de aquel sobresalto amable de lo hermoso,
vemos la estructura medieval de una certeza:
San Jorge aún no ha vencido al dragón.

IV

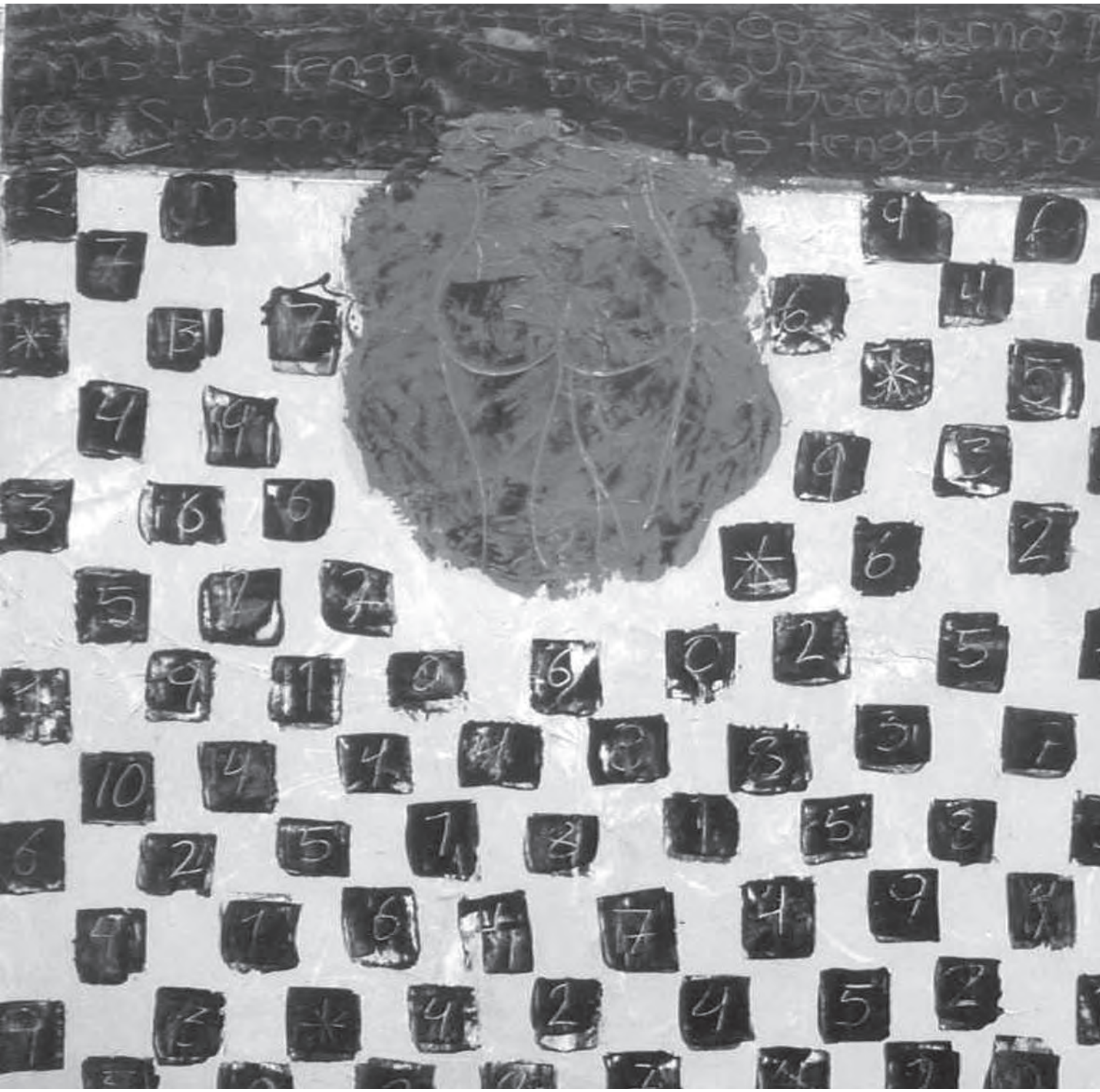
Todo este derrumbe sostenido en el paisaje abarcado por mis ojos
es tristeza arribando en desbandada,
pero todo el dolor que me apretuja hasta recrear la orfandad de la infancia
no lo siento en mí,
sino en los edificios,
en las calles,
en los barcos que sacuden su cansancio en la bóveda oscura del Pacífico.

Desde mi ventana grito.
Queda la esperanza de que el fuego ahogado de mi voz mueva la indiferencia de un país que sólo mira hacia el centro.

V

En el feroz panorama de una ciudad perturbada por la violencia, el ansia no permite atender la belleza de un ritual nocturno: las vecinas arrastran sus bolsas negras de basura por la calle. Hay una intención estética en limpiar la casa y acomodar en recipientes amorfos el contenido de nuestros días. Acumulan los desechos en la esquina; la voz de los detritus es acre, fuerte, adversa y golpea con furor las fosas nasales. Cuando suena la campana del camión recogedor, entiendo los cantos de buena voluntad leídos en la Biblia.

p. 49: *Buenas las tenga*, mixta/madera, 90 × 90 cm, 2002



Erik Escobedo

Ciudad de México, 1975

Hueco azul

Tengo tiempo buscándote.
Pos dónde estás, viejito.
¡Anda, aparécete!

Después de una lluvia de uvas moradas
mi cuerpo quedó como una mancha sobre la cama;
la sístole y la diástole amenazan con su florete mi corazón abrumado.

Mis huesos chasquean en el silencio recurrente de mi abandono;
y en mi cerebro habita un bardo que invoca tormentas eléctricas.

Mi boca es hueco de palabras nacaradas.

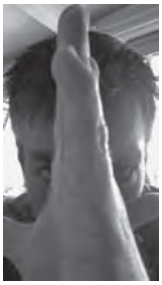
Mi conciencia debilitada; mi inconsciente reina esta alma desarticulada.

Mi baba escurre como un hilito de seda por mi comisura.
Diría que hay minúsculos chimpancés balanceándose de ese hilito de seda.

Mi sangre viaja efervescente y mis músculos se hacen gelatina.

¿En qué momento el tiempo me enfrentó ante un espejo transparente?

Erik Escobedo. Radica en Chilpancingo desde los trece años. Es miembro de la SOGEM. Obtuvo el Premio Internacional de Guión el Cine en Corto, convocado por el Centro Internacional de Guionismo de Cine y Televisión (CIGCITE), por el guión *Amor a ciegas*. Guionista del cortometraje *Solución divina*, premiado en el Festival Internacional de Cine en Acapulco (FICA). Colaborador del periódico *La Jornada Guerrero* y del semanario de política y cultura *Trinchera*. Es autor de los poemarios *Tiempos violentos* y *En el polvo brillante de la memoria*.



Habito un interior azul que espero nadie más habite.
¡Estoy harto de que me habiten!

No traje orquesta que me alegre los huaraches;
no traigo nada conmigo en este interior azul, sólo el azul y yo.

No, no es una habitación. Es un hueco en no sé dónde, pero es azul.
Es un azul como los ojos de alguien o como el cielo perdido
o como el cuerpo del dragón
que nadie ha visto pero aseguran que es azul.

¡Es un hueco!

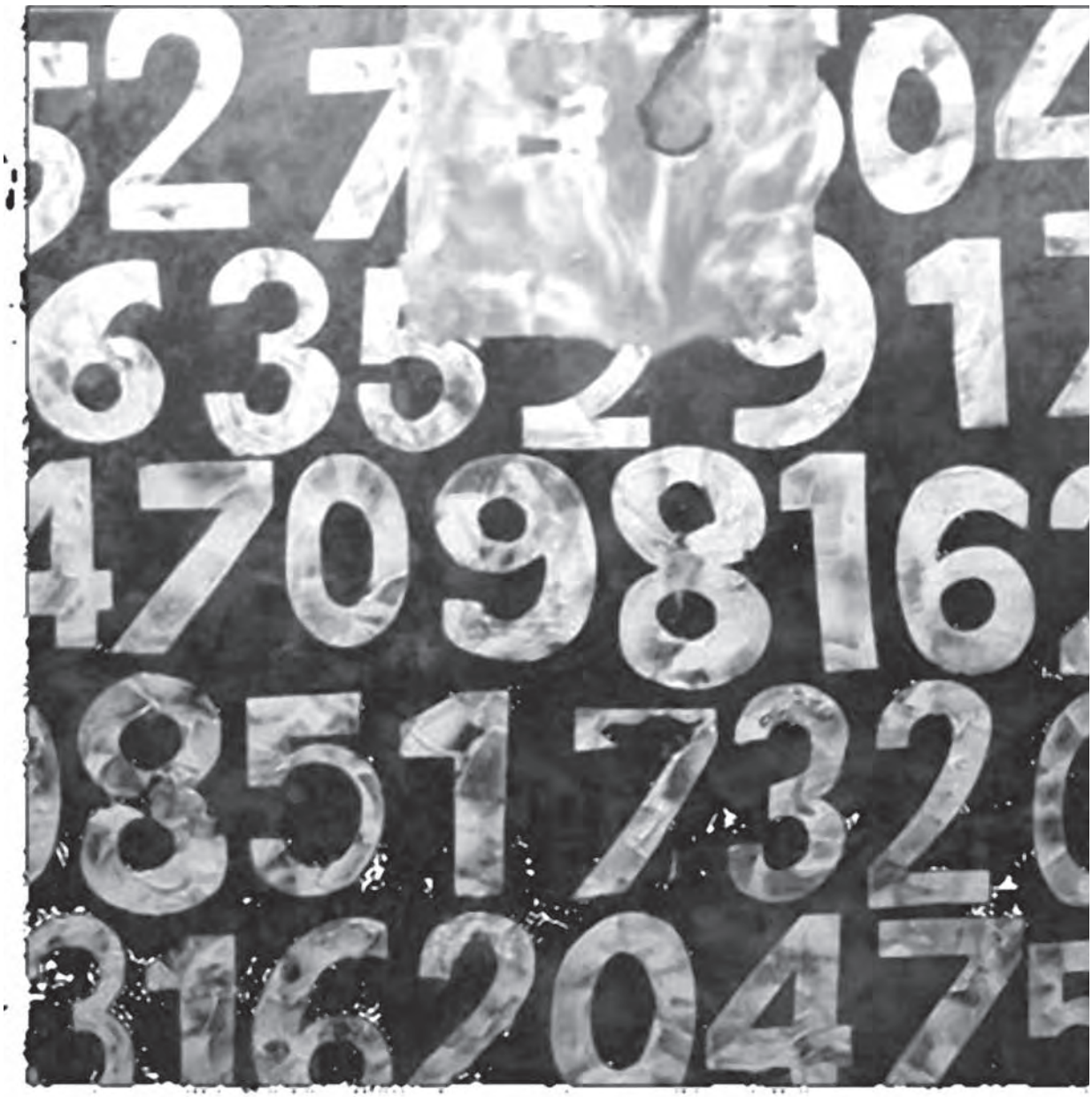
No hay preguntas no hay ecos ni recovecos
en este hueco.

¡Hay nada azul!

Este azul escanea.
Radiografía del vacío.

Un hueco azul que podría ser la axila de Dios;
ese que juran que existe pero nadie ha visto.

O el culo del Diablo
que juro que existe pero nunca he visto.



Un hueco
que tal vez sea mito en mi mente.

Un hueco / que colma.

Tengo tiempo buscándote.
Pos dónde estás, viejito.
¡Anda, aparécete!

Transitaba imantado a esta realidad
en una noche que insinuaba regocijo
y una precipitación pluvial de uvas moradas
inundó mi cuerpo.

Un coro de voces muertas era acompañado
por las notas de un acordeón azul.

La Llorona me ofreció en el camino
un pulque mágico;
creí encontrar una vieja alma conocida.

¿He llegado al archipiélago de los cadáveres azules?
¡Dónde están!
¿De almas azules?
¡Dónde están!
¿Espectros?

p. 52: *25*, mixta/madera, 110 × 110 cm, 2005

¡Dónde están!
¡¿No hay llamas en este resabio?!
Pos dónde estás, viejito.

Las hormigas conspiran.
No dejan rumores ni rastro por donde pueda encontrarte.

Cómo retrasar la aparición de las hormigas

¿O es que estoy en el hueco de tus huesos
y las huestes de hormigas me trajeron aquí?

Los sueños de una canción lejana
se oyen en mi cabeza:
imagino a las hormigas llevando a mi viejito a un hueco menos azul que éste;
un hueco sin zarzas que lastimen su cuerpo.

Cómo retrasar la aparición de las hormigas

Es una canallada esto de buscar lo que nunca se ha perdido.
¡Un autoengaño!
¿Por qué sigo buscándote, viejito?
¡Anda, ve!
Que yo debo reposar esta lluvia de uvas moradas / en este hueco azul que me dejas.
Que las hormigas hagan su trabajo / algún día vendrán a ocultar mi historia, ¡prfft!

Dejo de ser mancha para ser el humano que soy / sin flores ni montes sin Dios ni Diablo.
No sé si este hueco azul esté en el aire o en el núcleo de la tierra / si sea físico o metafísico.
Tal vez sólo sea un grito en mi mente / o mito también.

Carlos F. Ortiz

Mazatlán, Guerrero, 1976

El hombre que miraba pasar los trenes

extraña la noche trae memoria
nocturna locomotora
asume la condición descarrilada de hombre
que en la tranquilidad observa
como el viento viste la sombra
leve el cuerpo ardiendo
valdrá la pena —pregunta— valdrá la noche

se apaga la luz,
la última luz
se hace boca ahorcada la palabra
el garfio que es olvido
metal relamido
asume la caída

el hombre ladra desvalido
el lento irse del tren
y la muerte se cuelga
en la tiniebla de sus ropas mortecinas

¿A qué hora el tren?

¿A qué hora llega el tren?
Pregunta el niño
tomado de la mano de su madre.

No hay respuesta.
Sólo el cortante rayo del sol
sobre el rostro del pequeño
que sujeta la mano de su madre
mientras pregunta sobre la llegada
del ferrocarril.

Por momentos el infante suelta la mano,
ve a lo lejos una vieja locomotora que atrasa su llegada.

Escucho, dice a su madre, el canto mecánico del tren,
suena como una estampida de búfalos,
una manada de lobos hambrientos.
Es el tren, grita.

La madre vuelve a sujetar la mano del pequeño,
y agitada aprieta fuerte,
lastima al niño,
que no sabe que en esa vieja ciudad
las vías del tren no llegaron a acostarse,
y que a lo lejos lo que oye,
es el ruido del silencio.

Las preguntas del que mira tras la ventana

¿Existe el hombre tras la ventana?
¿Qué observa?
¿Cabría preguntar si acaso también existe la ventana?
¿Por qué hay una ventana y un hombre?
Seguramente esto se cuestiona el conductor del auto
que pasa por el edificio
a gran velocidad.
Tras la ventana alguien corre las cortinas,
la oscuridad disipa las dudas,
no hay dudas,
no hay hombre,
sólo la ventana ciega
y el ruido del vehículo
que se aleja por la carretera.
¿Existe el hombre dentro del auto?
¿A dónde va?

Carlos F. Ortiz. Su trabajo ha sido publicado en las antologías *Ríos interiores, poetas de Guerrero* (Ayuntamiento de Chilpancingo, 1999), *Antología de poetas jóvenes* (Conaculta, 1999), *Poetas y narradores de la selva cafetalera* (Fábrica de Letras, 2000), *Más vale sollozar afilando la navaja* (La Cuiria, 2004), *Poetas jóvenes* (Fondo Mexicano de Escritores, 2004) y *40 barcos de guerra* (edición independiente, 2009). Es autor de los libros *Sueños prosaicos* (Universidad Autónoma de Guerrero, 2000) y *Poebrio* (La Tarántula Dormida, 2000). Ha publicado en las revistas *Tierra Adentro*, *Mala Vida*, *Pasto Verde*, *Cuiria*, *Lenguaraz*, *Fronteras*, entre otras. Ganó el Concurso Estatal de Poesía del estado de Guerrero 1999 y el Premio Estatal de Poesía María Luisa Ocampo 2009, entre otros. Es editor de la revisa *Atrás de la raya que estoy escribiendo*, de Chilpancingo, y coordinador del grupo cultural La Tarántula Dormida. Ha participado en diversos encuentros nacionales de poesía.

Encino 195

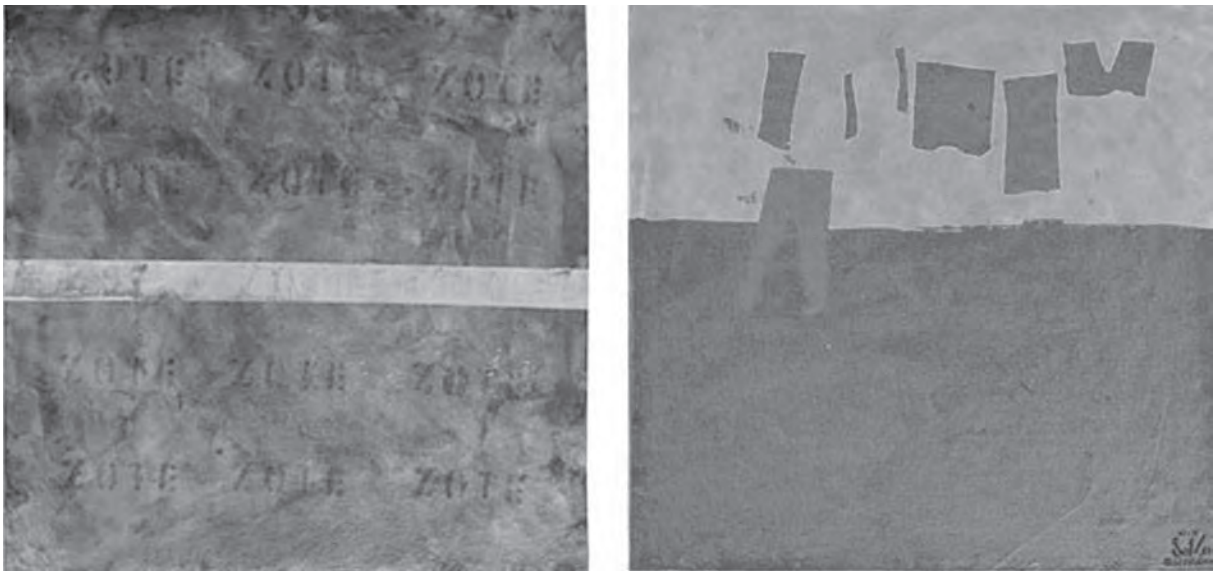
El recuerdo de la casa no es la casa.
Las imágenes que se suceden del patio,
De la sala o la cocina, no pueden ser la casa.

Los gritos sordos de mamá que llama a regañadientes
Es apenas una idea de la casa,
Papá leyendo el periódico recostado en la hamaca,
Vero haciendo la tarea en la mesa,
Mi hermano sentado en el sillón viendo la televisión
Van concretando más la ficción de la casa.

Al cerrar los ojos y contemplar cómo arde el recuerdo,
Cómo se apagan las luces y todo a oscuras,
Como fantasmas vienen hasta mí
Las voces amorosas,
La carroza tibia de la muerte.
Sé que ya no caben las preguntas
Y que aún ahora sigo habitando
La casa, aquella casa de Encino 195.

Un poco de luz para retratar a Ana Lee

Una mujer descansa sobre el sofá,
el hombre con la cámara pide que abran las cortinas,
quiere un poco de luz para retratarla.
Ella tiene sobre el regazo un cuervo y una carta,
en el suelo hay varias fotos y botellas desiertas,
alguien eructa desde la noche,
aliento alcohólico de Baltimore.
La luz no llega nunca.
Nunca más, para Ana Lee.
No más una doncella junto al mar,
ni la felicidad entre nubes.
Jamás brillará una estrella para ella.
Mientras en los ojos alcohólicos del poeta
Ana Lee descansa en su laberinto de musa.



Tendedero (detalle), mixta/tela/madera, 90 × 90 cm (páneles de 45 × 45 cm cada uno), 2011

Ulber Sánchez

Coyuca de Benítez, 1978

Sinónimo de ruptura

(fragmentos)

Veintiuno

Bajo este misterio,
el vaso que aún reclama la soledad.
El pendón de los días que se instala en el ayer,
estos árboles que mi abuelo dejó a la orilla de la nada.
Esta ausencia de mis planes,
el pretérito perdón en las terrazas del limbo.

Veintidós

Es cierto, cuando la libélula de nuestra estancia se
apoya en mis huesos, huyo por los rincones más inhóspitos del silencio.
Siempre el silencio, aseguran en la ciudad:
Pero también en las postales se evaden las
conclusiones de la noche. También en las regresiones del amor.

Ulber Sánchez. Su obra aparece en las antologías *Más vale sollozar afilando la navaja* (La Cuiria, 2004), *40 barcos de guerra* (edición independiente, 2009) y *Jóvenes poetas mexicanos* (Groenlandia, 2010). Tiene publicadas las *plaquettes* de poesía *Ciudad invadida por la memoria* (2006) y *Los que miran hacia abajo no duermen* (La Tarántula Dormida, 2009). Es autor del libro *Días como esas tortugas que van al mar* (Versodestierro/La Tarántula Dormida, 2010). Obtuvo el primer lugar en el V Certamen Estatal de Poesía y Cuento Maria Luisa Ocampo 2003. Fue becario del Programa de Estímulos a la Creación y Desarrollo Artístico de Guerrero en 2004, 2006 y 2010.

Veintitrés

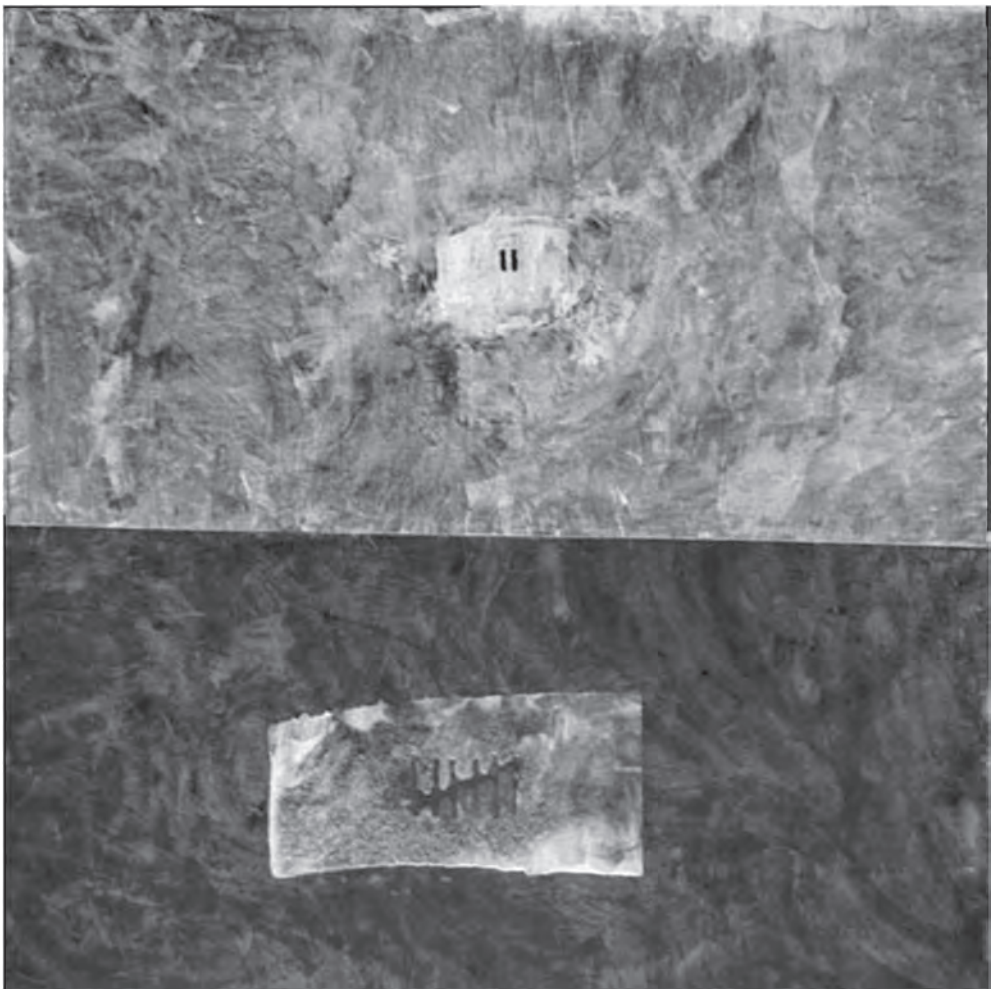
Mi abuelo huele el sexo de Raquel,
El olor de los fémures lo atestigua como un canto subterráneo,
El deseo de tu sexo, la caricia que eyacula.
Mi abuelo sabe de estas cosas por el diablo.
No obstante, en su constricción inmemorial,
el placer es un rechazo cuando Raquel extravía
sus pensamientos más allá de lo extraño.
Tus lágrimas al final de la desnudez, el olor de tu sexo
como un camaleón pastando extrañamente.

Veinticuatro

El sexo es el equilibrio del mundo, piensas mientras
bebes tu taza de café.
Eres el licor más dulce cuando tus piernas aprietan mi cuerpo.
Tus senos donde descansa mi estrés y mis ocios.
Recorres con tu vista la desnudez de Raquel,
y como un perro dibujas una caligrafía extranjera en sus labios.
Trato de no buscarte en una historia contada por el ministerio público,
ni en las hipótesis de mi madre.
Trato de buscar una sola razón que justifique tu fuga.

Veinticinco

Insostenible, ciudad que juega la alevosa mentira de la noche.
Sostenible, Raquel pierde su sexo con cada provocación del tiempo.
Abuelo, la ternura del sexo es como el equilibro, dijiste
un día en que parecía todo perdido, en que todo se opone a las
circunstancias, fue posible que desaparecieras por las sanguinarias
mentes que no entienden el deseo, el delicioso sabor del sexo,
la candidez de un cuerpo joven.
Abuelo, eso de la pederastia es tan viejo como las procesiones
del mundo, como las guerras cuerpo a cuerpo,
es más, mejor de esta manera:
Mi abuelo fue un pederasta arraigado en la dislocación
de una sutura.



Nuestra relación, mixta/tela/madera, 122 × 122 cm, 2008

Como música de Malher moran la infancia

1

Mi madre es una melodía triste.
El polvo y su beso son una abrumadora sonrisa.
Como música de Malher mora la infancia.

A lo lejos, el amor es un diluvio de pasos
que se escucha en cada útero.

2

El día es una mentira
vuelos pausados.
Cada regresión de Santa Sara es un infortunio de la infancia.

No hay estigmas,
madre.

Cuando hurtábamos el pan nuestro,
una mueca de payaso distraía tus menesteres.

No hay lenguaje que nos descubra.

3

Recuerdo a mi madre levantando un par de tortillas,
nadie sospechaba de su miseria.
Un vuelo infinito de pájaros
se desvanece en el cielo.
Mi madre viene hacia nosotros,
parte las tortillas como se hizo con los panes,
el milagro no sucede.

4

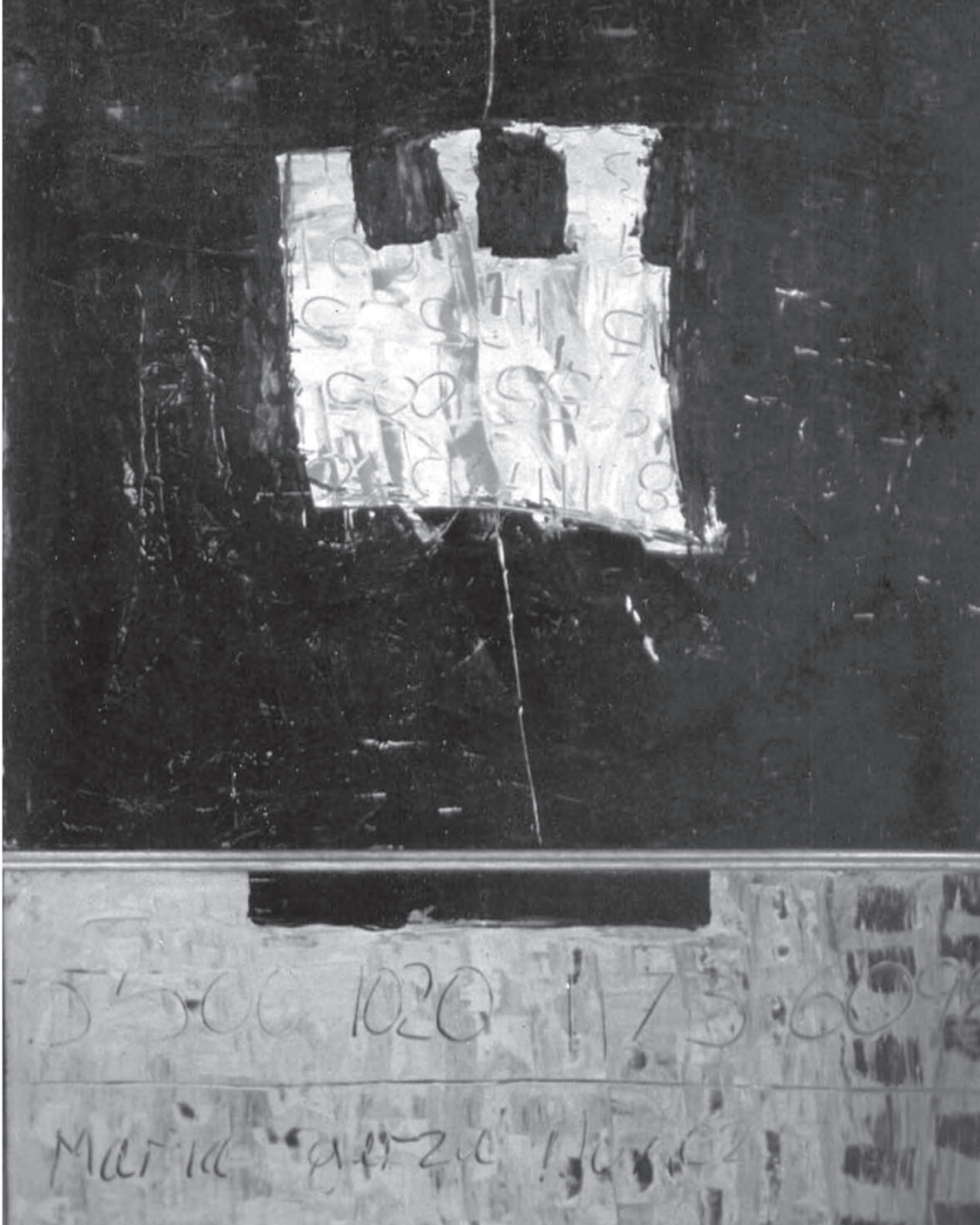
Como quien pasa por el mundo cegado.
Sabemos que llueve, es mayo.
Nuestra idea desaparece.
Los colores de la tarde
evaden los embriones de la lluvia.

5

Llueve siempre.
Por la ventana se observa la misteriosa palabra de mi madre.
Grita y cierra los recovecos de la casa.

Llueve.
Mi madre corre por esos rincones no previstos,
un espanto de granizo la hace retroceder.
Aquí llueve.

p. 64: *Sin título*, mixta/madera, 120 × 90 cm, 2002



Emiliano Aréstegui

Cuajinicuilapa, 1982

La ciudad es dueña de sus muertos
Y hace con ellos lo que quiere
Los vuelve papalotes que vuelan noche entera
Los vuela en zanates que anidan los ojos de los niños
Los deja en poemas quietos que no resuelve los arrulla en frío
O no los deja cobijar siquiera
El suelo en que se mueren

En la ciudad anda mi miedo
Solo y sin nadie a quien sorprenda
Se espantó a los tres meses que vinimos
Ahora ando con los ojos abiertos
Y la mirada empañada
He dejado de hablarle a mis manos
De comerme el pan a cachitos
de mirar las ventanas de quedarme así
Na'más mirando las muchachas

El pueblo que traía yo dentro
Se quedó sin techo
Y ya no canta la putita de su plaza
Ni huele en mí a pan a las seis de la tarde
No hay pozole no hay arañas no hay hormigas
No hay jamaica que pinte el horizonte ni anda en coco en el olor de las mujeres
Aquí *El mar y el cielo* son sólo un bolero

Emiliano Aréstegui. Obtuvo el segundo lugar en el certamen de cuento Sergio Pitol 2010, convocado por la Universidad Veracruzana. Ha colaborado en talleres con Guillermo Samperio, en el CNA, con Eusebio Ruvalcaba y con Alberto Chimal en la SOGEM; actualmente estudia creación literaria en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México y colabora en la compañía de teatro popular bajo la dirección de Rodolfo Alcaraz. Los poemas "Malinche" y "Ahora sólo tengo una libreta nueva" fueron seleccionados para la antología de Hugo Hiriart *Cada chango a su mecate* (Zócalo/Secretaría de Cultura, 2010).

Es la ciudad la noche entera
En ella van y vienen mis naufragios
Y puedo si no me ladra el tiempo encima
Colgar mis piernas en los puentes
Y ver la serpiente de luces emplumada
De todos los que van a donde vayan

Puedo tumbarme de espaldas y sentir cómo la serpiente ronronea
Y guardar el secreto
De que la ciudad es cierto
Robó una galaxia para alumbrar sus casas

La calle explota en cristales a golpe de grito
Y en los lentes de Ana escurre todo lo que pasa
Ella mira y sonríe ella conoce dice que sabe
Vendió sus primeros besos a automovilistas insaciables
Sólo para comerse las luces y el ámbar al ocaso
Para untar su piel con vino y vinagre
Por eso tiene los ojos agrietados
Y la mancha eléctrica de los semáforos le escurre entre los labios
Ella tiene en el neón un león herido
Y un pájaro rojo le escurre en roja la voz en la garganta

Ana bien podría llamarse María Garibaldi
Pero se llama Ana y Lucía y Carmen
Nunca Lupe nunca María nunca Lucero

Dice y escupe gente y la gente corre al metro
Y escupe gente y la gente corre al micro
Y escupe gente y escupe gente y la gente corre y corre

La ciudad se vistió de travesti
Parece un guerrero a punto de aventar su peto
Tiene los pezones duros y se los lame el viento
Está ahí acariciando a la serpiente
No hay éter pero hay solvente
y un soplo de aguarrás en el paisaje

Él prefiere que lo llamen ella
Ella luces de avenida

No me fui del pueblo
Me trajo la muerte
O el hambre
Que es la muerte que los vivos sienten
No me fui del pueblo
Allá de andar aquí soy ausente

La ciudad no se acaba
Se hace infinita corta los pasos
Miga los sueños
Y sus bluses se vuelven cardenales en el cuerpo

En la ciudad
Me di cuenta
Puedo lamer mi voz
Pero no la palabra.

Ahora sólo tengo una mochila y otra vez una libreta nueva

I

Tengo una mochila y otra vez una libreta nueva
Tengo hambre y la ciudad me quita la comida de la boca
Tengo frío y se me echa húmeda y me lame la carne y los oídos
Tuve ganas de largarme
Me fui del mar y en tráfico me trae las olas.

II

Busco a alguien
Camino como buscando a alguien
Como si alguien existiera
Y ahí está Jazz y en ella estallaré
Por un poco de mezcal nos vamos a su cuarto
Dentro de su cuarto en ella entro
Está muy cansada o sola o triste
No me pide que me vaya
Le meto la nariz entre las nalgas
Me duermo
Me duermo arrullado en su halitosis.

III

—Habito una ciudad
Que se cubre de escarabajos
Donde las mujeres matan
Donde los hombres matan
Y las niñas desaparecen
(Dicen los que dicen que desaparecen)
Pero ellas están en Otro lado

Aquí los viejos sé y no sé por qué
Son capaces de morderte el cuello si pasas a su lado— le dije
Jazz dijo algo de mariposas
Algo de luces y empezó un ambage.

IV

Un torton chocó contra una camioneta repleta de pollos
Los autos siguieron pasando
Y la calle se llenó de huesos
Se llenó de vísceras
De plumas y de carne
Los perros eran ángeles
Y los ángeles bebían la herrumbre
Y yo que nunca pienso en los abuelos
pensé en Quetzalcóatl.

V

No dejamos de mirar
Estábamos borrachos
Sorprendidos
Ninguno abrió la boca para decir nada
El silencio fue aullado en metal
Y ni el ruido de las máquinas pudo legrarlo.

Abraham Truxillo

Acapulco, 1983

Carta a una panadera el 14 de febrero

este San Valentín
me encantaría tomar del brazo a mis amigos
prender rosas del frac de mis maestros
pero debo quedarme en casa
cojo del ventrículo izquierdo

no es la lluvia lo que me detiene
es el puntapié certero de tu partida
me dejaste herido en el sofá
cojo con mi ramo prematuro

mis latidos andan con problemas
me duele el aire de arriba y la corbata
el ojal de la camisa
sólo desabotonado

pero hoy dime
acaso te diriges al cine arrebolada
y tomas de la mano a algún mancebo
acaso cuelga de tu mano
un globo hacia las nubes

recuerdo el abrazo de tus piernas
tus pezones floreciendo

tus labios y tus labios
los talones filosos

hoy miro por la ventana
un día que menosprecio con alegría
desde los nueve años
mas este San Valentín
con gusto saldría a celebrar los corazones
me regalaría chocolates de tu boca

mas ahora dime
cuántas historias se amasan de aquel lado
qué aroma se calienta en la mañana
dónde recoges tus espigas

dime panadera
de aquel lado llueve también
hay nubes o hay soles
acaso sueñas

Abraham Truxillo. Estudió Letras Hispánicas en la UNAM. Sus poemas y textos han aparecido en medios impresos y electrónicos como *Novedades de Acapulco*, *Viento en Vela*, *La manga del Muerto* y *Palabras Malditas*. Ha participado en encuentros literarios y mesas de lectura tanto en el estado de Guerrero como en el Distrito Federal. Su primer libro de poemas, *Postales del ventrílocuo*, aparecerá próximamente bajo el sello Ediciones Sin Nombre. Ha sido profesor de español como segunda lengua en México y en el extranjero.

Niños

los niños trepan a los árboles
para medir la altura de sus fuerzas
arriba combaten gatos y reptiles
tienen su guarida entre las hojas
para observar el mundo
su orbe de colmena ilimitada

desde ahí vislumbran
la premura del paisaje
se miran de ala abierta a pleno cielo
sacuden piso de sus pies

entre las ramas cuelgan
    pequeños artificios
hallan frutos que no paran
nunca de brillar

los niños trepan a los árboles
para inventar sus horizontes
descubren el vértigo
la vida que atardece en flor

sobre las copas se encuentran
    a sí mismos
trazan rumbos de partida

un día no vuelven más
olvidan el refugio del follaje
poseen un rostro decidido
para encarar al otro
su identidad reciente

pero en el árbol siempre queda algo
una parte que se queda
a vivir entre las hojas
figura que mira desde la espesura
algo original e íntimo
que nunca emprende el vuelo

Cartas a una señorita en París

lo noté hace tiempo apretándome el corazón
creo que surgió de aquel recodo
en la última curva del camino
ahora se arremolina en mi garganta
quiere emerger atrever forma

debo escupirlo en el momento exacto
a riesgo de atragantarme

llegó la hora de parir

creo que será un verso hembra
delator como los conejos de Julio

Hiena

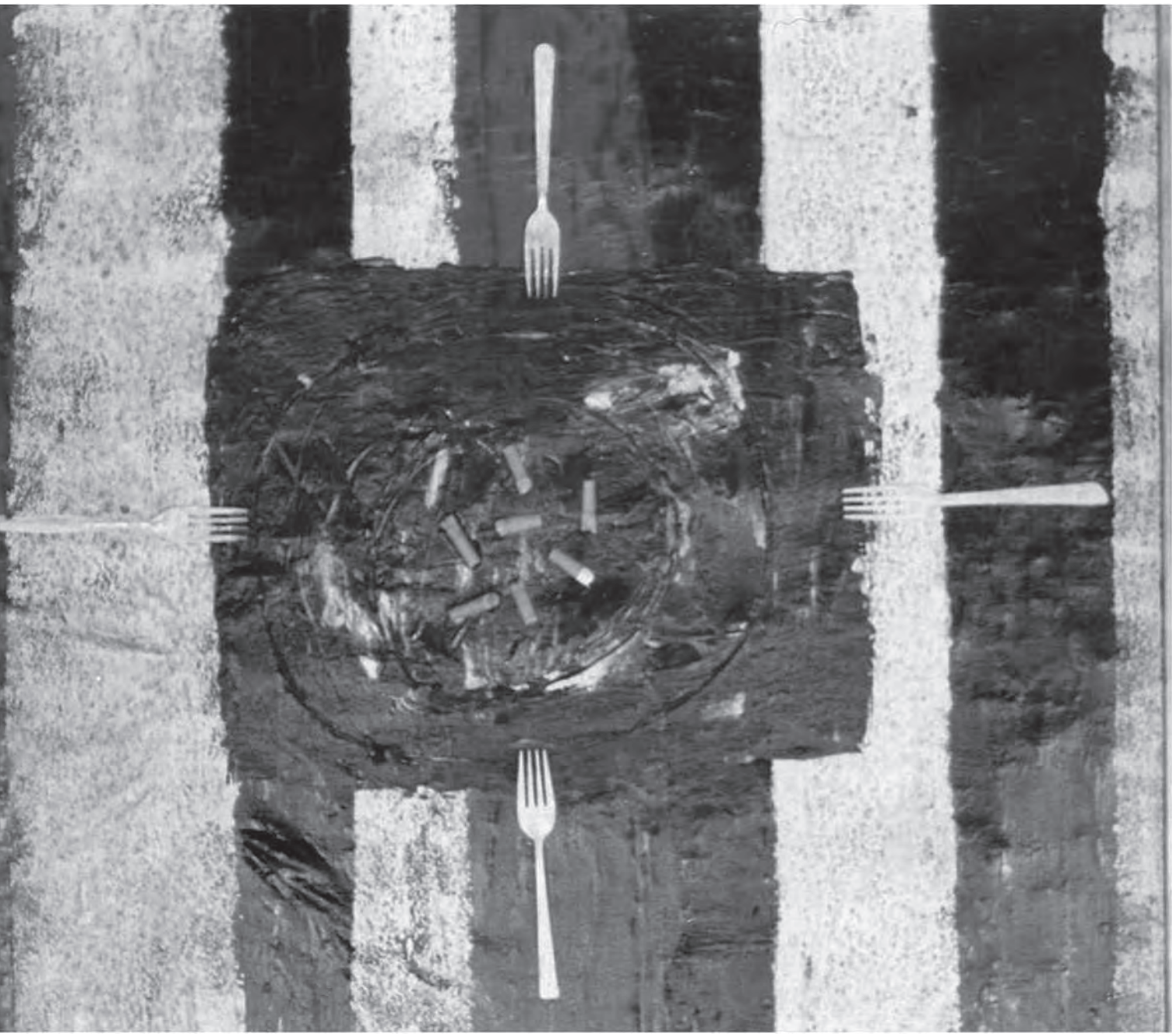
soy la hiena la calumniada la escupida
mala madre de los pastizales
sus hijas visten harapos de hueso
sufren vituperios bajo las zarzas
soy la buscona la forajida la fea
loca de los bramidos no escuchados
lobos acercan sus colmillos
quieren hundir el hocico en mi carne

soy la manchada la nocturna
la favorita de Cristo
tercas leonas vienen para insultarme
ven mi cuerpo de arriba abajo
me azotan con sus falsas melenas

soy la bastarda
la que perdió dos hijos por un hombre
y no se arrojó al río
la muy perra

animal que corteja a los que no son
de su especie
carroñera que se alimenta a carcajadas
muerde a carcajadas ama a carcajadas

matriarca que mata por los suyos
la sin nalgas la sin caderas
la que regala el cuerpo a los peñascos
cordero de la boca pintada
en la mesa de los leones



Desayuno, mixta/madera, 80 × 80 cm, 2003

La locura de Almayer

Rodrigo Martínez

La locura de Almayer
Directora: Chantal Akerman
Bélgica/Francia, 2012

En un club nocturno de una región camboyana, un sujeto asesina al joven Dain (Zac Andrianasolo) durante un número musical de aficionados. Nina (Aurora Marion), la pareja del recién caído, deja de bailar hasta que una voz familiar confirma la muerte de su esposo. El testigo descubre la mirada atónita de la hija mestiza de un europeo llamado Gaspard Almayer (Stanislas Merhar). La mujer ahora delirante canta un aria en latín y el sirviente de su padre la contempla. Chen (Solida Chan) principia una inmersión en el pasado. Su memoria exteriorizada esboza un mundo fluvial poblado por manglares: tiempo de infancia donde la muchacha experimentó un trance cultural desde que, casi con la anuencia de su padre, el llamado capitán Lingard (Marc Barbé) la recluyó en un interinato. El *flashback* omnisciente sugerirá un tránsito semejante al andar de uno de los numerosos ríos del sureste meridional donde un denso puñado de elementos reiterados (barco, río, selva) construyen una dialéctica visual de encuentros y desencuentros, pero sobretodo de analogías sensoriales con el paisaje, donde la locura se manifiesta en la incomprensión de las identidades culturales y en actos de sobrevivencia frente al entorno.

En *La locura de Almayer*, de la minimalista Chantal Akerman (Bruselas, 1950), un entrecruzamiento entre movilidad e inmovilidad alterna dos mentalidades para materializar una situación que va más allá del concepto vacío de la colisión de civilizaciones. El régimen estilístico de la cinta desenvuelve su visualidad en un flujo detallado de evocaciones y exteriorizaciones para recrear la experiencia de culturas en principio diferentes, pero ahora tan imbricadas que comparten una sensación de ansiedad tan desbordada como el delirio de los Almayer. Un efecto de alucinación tropical, construido a fuerza de barcos que van y vienen, registros estáticos del río nocturno, desplazamientos laterales en la selva y sonidos fuera del cuadro, muestra la agitación de los protagonistas. La estampa de ambiente presenta una lucha del individuo con su entorno, pero también instaura dos órdenes de realidad. Un par de universos no confrontados. Dos modos de ser que aparecen tan entrelazados como los manglares y de origen colonizador. La imagen total no ofrece así un choque. Se plasma en un estado de angustia: un trance en

común revelado incluso por paralelismos como esa lenta aproximación de la cámara hacia la cara de Nina tras la muerte de Dain, y el acercamiento a los gestos duros y extraviados de Gaspard cuando reposa sentado y enfurecido hacia el final.

En contraste con cintas como *Los encuentros de Anna* (1978) o la muy reconocida y extensísima *Jeanne Dielman, 23 quai du Commerce, 1080 Bruxelles* (1975), *La locura de Almayer* parte de la inmovilidad de un plano introductorio que registra una calma fluvial nocturna para transfigurar, a partir del segundo plano, la poética del estatismo aparente que caracteriza la obra de Akerman. Ahora un repertorio más evidente de movimientos de la cámara de Rémon Fromont aproxima con eficacia dos condiciones psíquicas y culturales. La puesta en escena es una interlocución entre lo inmóvil y lo móvil. El delirio de Gaspard ocurre en espacios interiores. Allí la imagen explora el entorno casi sin moverse. El paisaje selvático aparece en desplazamientos laterales. Es un estado de agitación. La imagen-dialéctica del filme expresa dos mentalidades en tensión. La necedad del padre ocurre sobre todo en la inmovilidad poco iluminada y profunda de la cabaña. Los deseos de Nina ("mi corazón está muerto", dice en plena selva), al igual que la lucha de Dain, se disuelve en un mundo tropical incapaz de sosegarse. Una mentalidad suspendida y una cultura en progresión. Un estado de prejuicio ante una tendencia de emancipación que sólo es visible en el dinamismo del paisaje. Una comunión visual entre la calma y el vértigo que explora la profundidad de la escena y que oculta o revela detalles dentro y fuera del encuadre. Fidelidad a un estilo contemplativo, pero también tímido viraje formal para afinar un nuevo ritmo. Akerman ofrece el entrecruzamiento de dos disposiciones psíquicas, que implican formaciones sociales intemporales, para explicar la angustia histórica que subyace en la locura paralela.

Además del desfile de cruzamientos y reiteraciones, *La locura de Almayer* explota las distancias en el espacio de personajes dibujados vagamente, así como una dinámica auditiva que parece desplazarse del exterior al interior del encuadre. Estas dos lógicas espaciales yuxtaponen momentos distintos y distantes para articular una conciencia evocativa, antes que narrativa, que presenta el tiempo como una irracionalidad casi polifónica. El sirviente rememora aquí y allá la demencia paralela del padre y de la hija. Siempre al fondo del encuadre, casi incrustado en el ambiente, Chen testifica los delirios y las amenazas de Gaspard. Atestigua el menosprecio hacia la madre de su hija y deja de cantar canciones asiáticas cuando su patrón enfurece y tararea a Chopin. Aparece al fondo de un pasillo, alejado y diminuto, cuando observa a la muchacha en el interinato. Los sonidos extrínsecos se insertan en la memoria del trabajador cuando lo miramos mirar. Mientras escucha el coro del internado donde reside Nina, recuerda un andar en la selva al lado de la joven. Si el montaje retrospectivo construye una dialéctica episódica que simula la locura, el uso espacial de lo visible y de lo audible es un proceso de conciencia: el punto de vista de un camboyano que atestiguó el origen de la demencia en una suerte de reconstrucción de su memoria sensorial. Antes que un relato, Akerman ofrece una experiencia. El juego de repeticiones visuales crea una atmósfera que hace visible el influjo del ambiente.

Aunque la idea de la demencia es un *leitmotiv* demasiado evidente, este elemento revela un entramado de mayor riqueza estética. La imagen-locura no sólo muestra su

cara. También resultan visibles sus raíces y sus extensiones. Si el punto de vista de Chen demuestra la irracionalidad de Gaspard y Nina, la unidad de actos y de elementos brinda asideros para comprender el delirio. Si en *La cautiva* (2000) el paisaje sugería aislamiento, en este filme la impresión de distancia sucede en un tejido de detalles apenas perceptibles, pero finamente acentuados. Ramas que se interponen en el espacio; música replicada; agitación sonora de la selva; miradas y movimientos corporales: el todo figurativo crea una mímica que teje expectativas para lograr situaciones de tensión. Ocurre un efecto similar con el contexto y sus conmociones. Akerman renuncia a mostrar en directo los sucesos sociales. Cuando Gaspard mira el barco en el que deja que su hija huya, el espectador sabe que alguien la busca al mismo tiempo que contempla el desencanto de Chen y los gestos de rechazo de su patrón cuando el asiático trata de consolarlo. El registro documental de filmes como *Tengo hambre, tengo frío* (1984) está ausente en favor de la semiabstracción a veces incómoda para el espectador. Tanto la naturaleza como los prejuicios culturales producen una atmósfera que se filtra en la composición visual incluso desde la cualidad óptica de una lente de longitud media donde habita una añoranza acentuada por colores ahogados.

Como versión de una novela de Joseph Conrad, *La locura de Almayer* no opta por la serenidad *in crescendo* del prosista. Muestra la sordidez habitual de la obra de Akerman. Crea un efecto de inestabilidad a través de las irradiaciones del paisaje. Elige los motivos esenciales del universo fluvial del escritor para moldearlos como procesos sociales. Si el novelista del mar, nacido en Polonia y arraigado en la lengua inglesa, quiso plasmar la lucha de los hombres con los elementos y con las fuerzas del mal (Entwistle y Gillet), en esta película aparece la pugna hombre-entorno, pero no existe eso que el autor de *El corazón de las tinieblas* entendió como fuerzas malignas. En el estilo renovado de la cineasta belga, estas potencias son entramados de tensiones donde subyacen fuerzas histórico-sociales. En esta alegoría cinematográfica, los protagonistas son portadores de concepciones e impulsos diferentes. Están sumergidos en la incertidumbre. La idea de la era de la ansiedad, o de esa enajenación que padecen los grupos humanos cuando realizan actividades del presente con conceptos del pasado (Marshall McLuhan), germina en Gaspard. Vástago de la desmemoria ("olvidaré a mi hija") y del espíritu colonizador, a semejanza de la hacendada francesa (Isabelle Huppert) en el África de *Materia blanca* (Claire Denis, 2009), el europeo cría a su hija mestiza con nociones desgastadas. Niega su genealogía mixta. Rechaza su condición de habitante de universos distintos aunque interdependientes. Vive estancado, como toda una mentalidad, en un tiempo donde las identidades y los individuos están cada vez más entrelazados los unos con los otros. ❶

Rodrigo Martínez (Ciudad de México, 1982). Es comunicólogo por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Ha publicado en las revistas *Punto de partida*, *El Universo del Búho*, *Viento en vela*, *La revista* y *Periódico de poesía*, y en espacios culturales de los periódicos *El Financiero* y *El Universal*. En 2004 obtuvo el Premio Nacional de Ensayo Universitario Agustín Yáñez convocado por la revista *Tierra adentro* y el Conaculta. Ganó el premio único de cuento del Concurso 35 de *Punto de partida* (2004). Un año después recibió el primer lugar en crónica en la siguiente edición del mismo certamen. Es maestrante en comunicación, profesor de asignatura en la FCPyS y corresponsal de la fuente cinematográfica para la emisora Radio Cosmos de la ciudad de Chicago y de la revista electrónica *F.I.L.M.E* (www.filmemagazine.mx) (rodrigomtzm@hotmail.com).

Universidad Nacional Autónoma de México